

La Ilustración Artística

AÑO XXIX

BARCELONA 5 DE SEPTIEMBRE DE 1910

NÚM. 1.497

OBRAS CLÁSICAS DE LA PINTURA



RETRATO DE UNA SEÑORA, obra de Franz Hals (1583-1636), que se conserva en el Museo Metropolitano de Nueva York



Texto.—*La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Las grandes escritoras modernas*. Gabriele Reuter, por Angel Guerra. — *El alma de Judas*, cuento de Sebastián Gomila. — *Posen. Inauguración de un palacio imperial*. — *El principado de Montenegro erigido en reino*. — *Los reyes de España en París*. — *Nápoles. La fiesta del mar*. — *La señorita Dutrieu*. — *Problema de ajedrez*. — *El cuarto amarillo* (novela ilustrada; continuación). — *El servicio de extinción de incendios en algunas grandes capitales*. — *Beziérs. Representación en las Arenas de la tragedia lírica «Heliogábalo»*. — *Libros enviados a esta redacción por autores o editores*.

Grabados.—*Retrato de una señora*, obra de Franz Hals. — *La escritora Gabriele Reuter*. — *Dux de Venecia*, cuadro de Salvador Sánchez Barbudo. — *Berlín. Sitios de recreo para niños. Escenas varias* (lámina). — *El nuevo palacio imperial de Posen, residencia del príncipe Eitel Federico*. — *El príncipe Eitel Federico y su esposa Sofía Carlota de Oldenburgo*. — *Niñas de las escuelas esperando el paso de la comitiva imperial*. — *El rey Nicolás I (de Montenegro)*. — *La reina Milena*. — *El príncipe heredero Danilo Alejandro*. — *La princesa heredera Miliza*. — *Tristán e Isolda*, cuadro de A. de Wollborth, grabado por Bong. — *París. S. M. el rey Don Alfonso XIII, acompañado del Sr. Quiñones de León, paseando por la avenida de los Campos Elíseos*. — *Nápoles. Llegada de la reina del mar a Mergellina*. — *La señorita Dutrieu*. — *Servicio de extinción de incendios. Bomberos turcos. En los canales de Venecia. Bomberos berlineses. Aparatos de alta presión en Nueva York. Estación en una calle de Londres. Bomberos parisienses*. — *Beziérs. Representación en las Arenas de la tragedia «Heliogábalo»*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

La viuda del rey Leopoldo de Bélgica, baronesa de Vaughan, se ha vuelto a casar, dicen los diarios, con un honrado burgués... Y a estas fechas ni sabemos si la tal baronesa de Vaughan es realmente viuda, ni si el burgués es honrado.

Hay quien sostiene que el monarca de la lengua barba no llegó a casarse, en lo cual habría demostrado previsión, que al fin las extravagancias incompletas, son menos intolerables, y, en el caso actual, menos risibles. Pero, si los manes del rey barbilungo pueden enterarse de lo que en la tierra acontece, y si Leopoldo la hizo redonda tomando por su «legítima» a una persona tan baja, tan joven para él, y tan ligera de cascos,—algo de sofoco sufrirán esos manes pecadores, al ver cuán presto han encontrado sustituto, y qué breve tiempo ha permanecido desierto el tálamo de la reina o lo que sea,—pues respecto a la categoría que la baronesa de Vaughan ocupaba, hay infinitas versiones y pareceres.

Existen errores incurables, inveterados, por mucho que los moralistas prediquen; y éste de los casamientos desproporcionados en edad, es uno de ellos. Los que hablan del rey Leopoldo de Bélgica, convienen en que era sujeto de clara inteligencia, experto y vividor, ducho en cuestiones femeniles, de esos que ven crecer la hierba y cortan un pelo en el aire. Y yo quisiera saber qué colegial barbilungo cometería simpleza más grande que la de Leopoldo de Sajonia-Coburgo-Gota, con sus setenta años de experiencia, su pasado galante y calaveresco, al suponerse amado por una mujer en la flor de la edad, de una clase social inferior, y guapa y alegre. Todavía puede que Leopoldo se burlase de los que creen en brujas.

Aunque la monarquía belga es de índole democrática y constitucional, la dinastía pertenece, en su linaje, a las grandes aristocracias, y la sangre del *vert galant* monarca, a las más azules. Leopoldo II era duque de Sajonia, príncipe de Sajonia-Coburgo-Gota, descendiente por su madre de los Borbones y Orleans. Una de sus hijas, como nadie ignora, estaba casada con el heredero de la corona de Austria; por cierto que, cuando esta hija, bien infeliz en su matrimonio, viuda después de una tragedia que todavía permanece envuelta en profundo misterio, y sin hijos que pudiesen llenar su existencia y consolar su soledad, rehizo su vida casándose con un aristócrata, el conde de Lonyay de Nagy Lonya y Vásaros, con quien se desposó en Miramar, el futuro esposo de la hija del portero lo tomó muy a mal, y fulminó sobre la misera princesa su más paternal maldición. Que así es el género humano, y así será probablemente, hasta esa consumación de los siglos, que no sabemos

si vendrá traída por el paso de un cometa serio, (no bromista como el de este año), ó por el enfriamiento gradual del sol, ó por algún pavoroso cataclismo que se asemeje al de Mesina, corregido y aumentado en proporciones convenientes.

Leopoldo de Bélgica, en resumen, y por mucho pesquis que haya demostrado en los negocios congoleses, ha sido un mal rey, porque amenguó con su conducta el prestigio de la institución; un mal padre, porque reprendió en sus hijas faltas que él cometía sin tanta excusa, por mejor decir, sin excusa de ningún género; y un viejo de comedia de figurón, un Geronte, porque cultivó, en la senectud, los idilios que, a su hora y en su tiempo, se revisten de encanto y se rodean de seductora poesía.

Zola escribió una novela titulada *El doctor Pascal*, en que una muchacha se enamora perdidamente de un viejo, por más señas tío suyo. Valera, en *El Comendador Mendoza*, desarrolló la misma tesis. No dudo que en la literatura general fuese fácil citar más ejemplos de esa, al fin, anomalía; pero me atengo a la sabia opinión de Moratín: a las niñas los viejos no les gustan; casi podría extenderse la afirmación, declarando que los viejos no gustan a nadie; y ¡qué decir de las viejas, entre las cuales no faltan muchas que se juzgan capaces de inspirar pasiones!

Acaso voy a ponerme en contradicción con la mayoría si declaro que, para mí, las viejas, aun prestándose en mayor grado a la burla, me parecen más disculpables en su tenaz ilusión. Los hombres,—¡quién lo duda!,—tienen otros medios de adquirir toda clase de experiencias, y señaladamente la amorosa. La mujer, en estas cuestiones, por punto general, pasa la juventud sin aprendizaje, y lo que conoce de la realidad, se lo enseña el matrimonio. No hay que asombrarse si conserva una gran dosis de inocencia. Para no pecar de ilusa, ha menester doble perspicacia, doble instinto defensivo.

Estos días habló la prensa de una millonaria sentona que se unió a un guapo muchacho, protestando de que obedecía a la noble y natural ley de la atracción, que rige los mundos. Pues esa soñadora trasnochada es, a mi ver, doblemente perdonable que Leopoldo, el cotorrón harto de dejarse mesar las barbas de mágico por todas las daifas y correntonas de París y de los grandes Casinos internacionales.

Conviene ser severo con tales flaquezas, cuando las comete un rey. Los reyes necesitan evitar semejantes escollos, aunque, siendo hombres como los demás, no puedan eximirse de pasiones y devaneos juveniles. La juventud pide lo suyo, y lo que en el mozo no extraña, en el viejo repugna. Dos veces más reprochable, en un viejo, el casamiento indigno, rebajador, porque el casarse no es una sorpresa de los sentidos ni del sentimiento; es algo que se realiza después de haberlo pensado, y un rey anciano, al casarse insensatamente, como Luis XIV, acepta, ante la historia y la posteridad, todas las responsabilidades, todas las consecuencias, todas las reprobaciones. Y he aquí porque, desde el mundo en que la verdad se aparece refulgida, el rey Leopoldo, (puesto que sea cierto que se unió ante el ara y ante la ley con la baronesa Vaughan), se verá muy en ridículo..., lo cual debe de ser desagradable hasta a las benditas ánimas del Purgatorio, que también tendrán su negra honrilla.

No me agrada mucho el tema de los crímenes, a no ser que en ellos vayan envueltos enigmas psicológicos; y la mayor parte de los que se cometen, por trágicos y feroces que sean, tienen un substrato psicológico elemental. La codicia, la venganza bárbara, he aquí los móviles frecuentes y previstos de la criminalidad corriente. Se mata por robar, se mata por saciar rencores; se mata alguna vez, ó bastantes veces, por brutal enamoramiento, por celos. Pero el crimen de Gádor sale de lo común, y nos retrotrae a las edades primitivas, ancestrales; a los primeros pasos del hombre sobre la tierra.

Que la humanidad adelanta en lo material, ¿quién lo negaría? Desde la época de las cavernas y los palafitos ¡cuánto no ha inventado, descubierto y aprendido el hombre! La naturaleza, que al principio le dominaba y absorbía, ha sido por él vencida, sujeta, explorada y explotada. Sus fuerzas, cautivas de la inteligencia humana, se convirtieron en agentes poderosos de la obra civilizadora. Por dondequiera, la

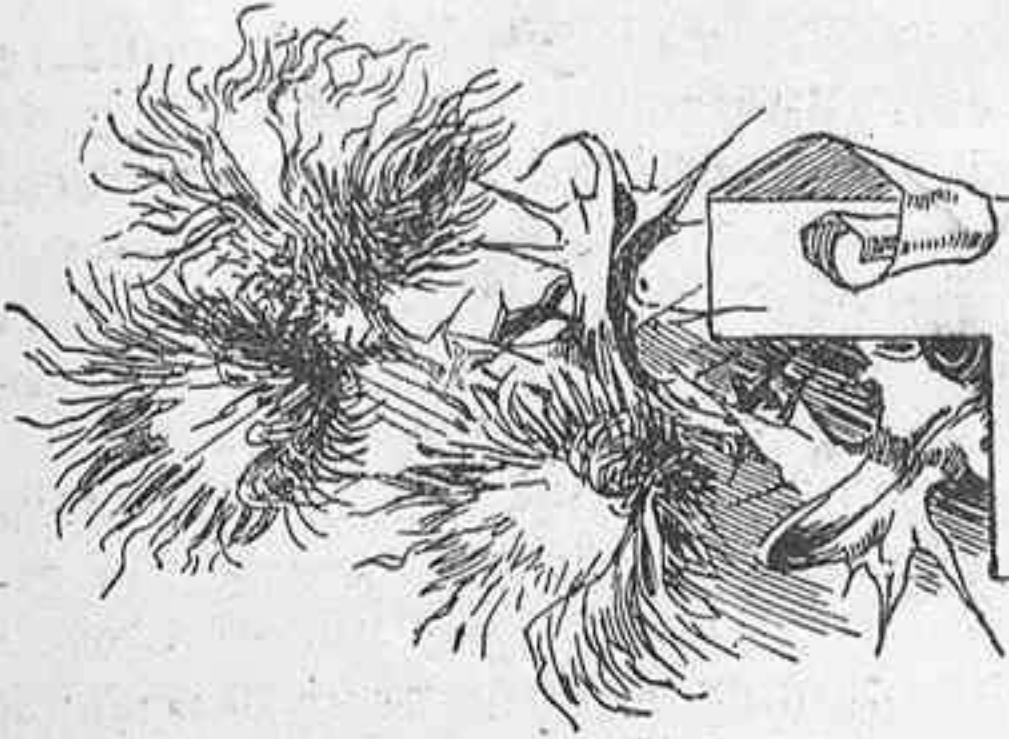
conciencia y el cerebro han producido maravillas, en buena lid, en lucha incesante y brava. A medida que el hombre modificó ventajosamente las circunstancias y se sobrepuso a las fatalidades naturales, su condición mejoró; no nos atreveríamos a decir que fué mucho más dichoso, pero su vida se hizo más digna de la racionalidad. Sin embargo, en el fondo obscuro de la mente y del alma del hombre persistió y persistirá eternamente esa corrupción, esa maldición que la fe, con profundo sentido, atribuye al pecado original, y que en vano pretenden negar los optimistas. Selva oscura, enmarañada y poblada de alimañas venenosas el alma humana, a la luz de un relámpago vemos su fondo de abismo, y el espanto nos hace retroceder. Tal sucede con el crimen de Gádor, ventana abierta sobre lo infinito de la concupiscencia y también de la crédula estupidez de la estirpe de Adán.

El Dante calificó a esta estirpe de «mala semilla» y no anduvo desacertado. Por eso me parecen modelos de sencillez los que la juzgan naturalmente buena, desde Rousseau hasta Grave, el soñador de sociedades futuras, y aspiran a verla entregada a sí propia, sin trabas, leyes, autoridad ni freno. Un hato de tigres suelto en una gran ciudad; un centenar de dragones correteando al través de la campiña; un saco de aspides desatado entre una muchedumbre, son flor de cantueso al lado de nuestros congéneres entregados a la sugestión del instinto y en libertad para seguirlo a su talante.

Esto de Gádor ofrece una nota característica. El crimen es tan monstruoso, que parece inverosímil que acierte a cometerlo una criatura humana; y son ocho ó diez criaturas humanas las que, puestas de acuerdo, lo han cometido. La soledad, la noche, sugieren la maldad al insomne; si revela al otro día sus cavilaciones horribles, natural parece que las repuebe quien las escuche. Aquí aparecieron en piña, compactos y unidos, los cómplices, y no hubo ninguno que, antes de cometer el acto sin nombre, delatase, descargase un garrote, hiciese por lo menos una objeción... Perfectamente acordes, creyeron, bajo la fe de un curandero, que la caliente sangre y las palpitantes entrañas de un niño serían remedio eficaz para la enfermedad que consumía a un adulto, y sin vacilación eligieron la víctima, la tendieron un lazo, la llevaron engañada con un ardid que revela astucia, la amarraron, la tendieron sobre la mesa del sacrificio, y, mientras clamaba por su madre, (cosa capaz de ablandar a las hienas), hincaron en el inocente corazón un cuchillo, recogieron la sangre que manaba humeando, la batieron para que no se cuajase, la sazonaron con azúcar para que fuese gustosa, refinamiento de un delicado paladar, y, entre el grito bestial del egoísmo de fiera: «¡Primero que todo es mi vida!», el enfermo la apuró rápidamente, seguro de que en la horrible bebida venía la salud. Y prosiguiendo en la tarea, fueron extraídas por los cómplices ¡y las cómplices!, las mantecas de la criatura, y aplicadas al pecho del doliente, y arrastrado el cuerpo del pequeñuelo como un despojo de oveja muerta, y, como aún diese indicios de vida, apedreado y apaleado, hasta que de la cabeza saltaron los sesos... Y la víspera de tal horror, esos campesinos, cuyo retrato publican estos días los periódicos, pasarían por individuos como todos, ni buenos ni malos; y quién sabe si, cuando esta causa se juzgue, el defensor alegará que obraron impulsados por motivos naturalísimos y excusables, como el deseo de sanar, de curar una enfermedad como la tuberculosis, deseo que, en la esposa del Moruno, hasta tuvo algo de santo y mucho de grandioso...

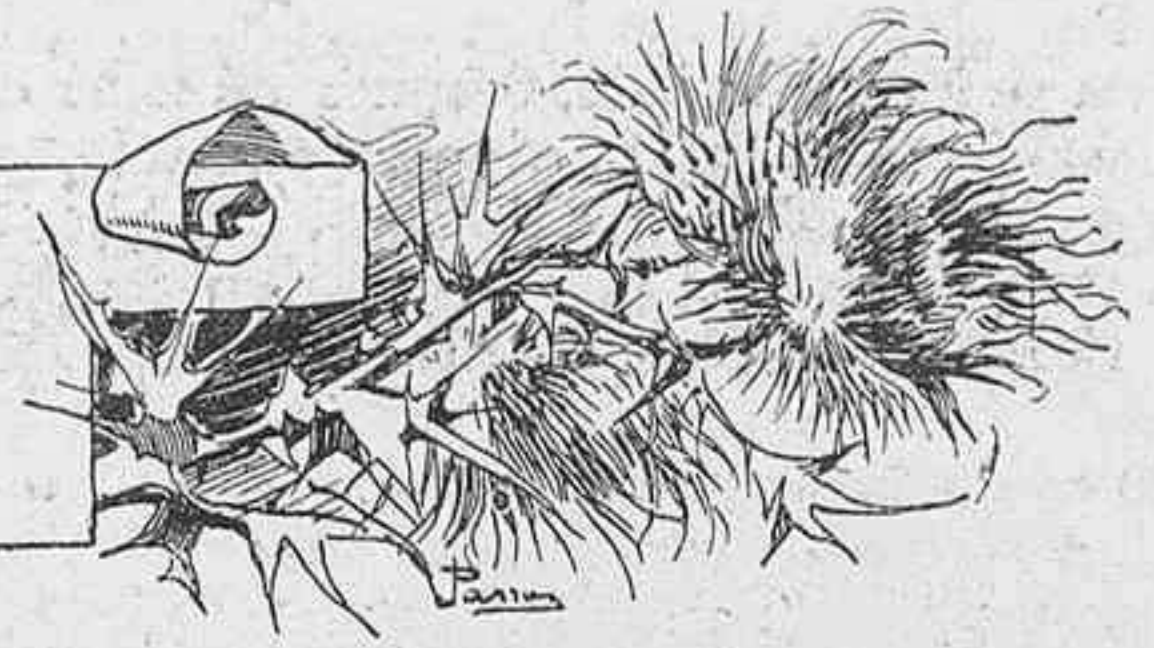
Cuando pasamos por entre la multitud; cuando miramos una de esas fotografías en que aparece un tropel de gente, se nos ocurre siempre pensar: cuántos de éstos habrán ascendido, en su conciencia, más arriba del hombre de las cavernas; y preguntarnos si el hombre de las cavernas no sería como los civilizados de hoy, aunque sin medios para mostrar los mismos sentimientos que en el civilizado son honra y prez de la humanidad. ¿No habría entonces, como ahora, gente de esa «ante la cual hay que descubrirse», según la frase de Loti, y gente semejante a la de Gádor, y otra que ni llegaba a las cimas ni barbotaba en los hondos círculos infernales? Acaso, en lo esencial, la humanidad ha cambiado poco. Y me preparo a no sorprenderme si los de Gádor son indultados el día de Viernes Santo de 1911.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.



LAS GRANDES ESCRITORAS MODERNAS

GABRIELE REUTER



De las escritoras alemanas, que son tan numerosas como en Inglaterra y Francia, ha dicho el crítico Schmidt:

«Las mujeres alemanas tratan en sus novelas, con una facilidad verdaderamente sorprendente, los asuntos más diversos de alta política y de teología, de filosofía, de estrategia y de homeopatía, de la Trinidad y de la Revolución francesa.»

El insigne crítico alemán ha caracterizado muy bien la literatura de las escritoras de su país. No escriben por escribir, atentas a producir una emoción estética, echando mano de la vieja fórmula sostenida por Coussin de «el arte por el arte.» No; ellas quieren ser trascendentales. Pretenden sondear las almas y sobre todo buscar y encauzar las corrientes de la vida. Y tienen un sello especial sus obras. Dan en lo sensacional, aunque la nota resulte estridente y produzca escándalo.

Algunas, como Margarita Bochme y Elena von Mornbarts, han asociado sus nombres a libros de un realismo licencioso, que no cuadra bien al respetuoso escrúpulo que sienten siempre, al escribir para el público, los temperamentos femeninos por instintivos pudores. Algo igual acontece con María Janitschek, con sus estudios de una patología erótica.

Hay otras que abordan los temas más raros y los asuntos más extravagantes, como Udina Gemberg en su novela *Morfina*, quien viene a sostener que «es inútilmente cruel negar a los enfermos incurables la morfina que reclaman á gritos.» Claro que se presenta un problema científico que médicos, criminalistas y sociólogos han discutido largamente, porque es de una gran importancia. Pero ¿debe ser el *leit-motiv* fundamental de una novela? Según el credo riguroso del naturalismo en la novela experimental, sí; pero á tenor de las modernas ideas estéticas, no.

La mayor parte se han consagrado á la novela rural, describiendo las costumbres de aldea en el fondo de las provincias. Son Ossip Schubin, Ilse Frapan, Clara Viebig, Herminia Villinger, Carlota Niese, Elsa Bernstein, Andreas Salomé. Sin embargo, á pesar de consagrarse á la pintura de lo externo, de la vida con todo su pintoresco colorismo, por cauce hondo dejan deslizar la corriente intelectual, sus prejuicios, su ardor de proselitismo y su misma fe de combate social. Y este carácter utilitario, desentrañado de la finalidad indefectible que encierra siempre la novela alemana, que nunca puede ó quiere desprenderse del lastre pesado de las ideas para que las alas de la imaginación se muevan más libre y airoso, hace que para los devotos de un arte más desinteresado, sobre todo para los latinos, más amantes del ensueño ó por lo menos de la creación viva, nos resulte un poco fatigante la literatura novelesca de la Alemania contemporánea.

La escritora que ostenta hoy el primado de la novela alemana entre sus compañeras de pluma—y acaso dispute también el primer puesto á los novelistas—es sin duda alguna Gabriela Reuter. Y ella no sólo priva en Berlín y en los pueblos de raza germánica, sino que ha conquistado una nombradía mundial á justo título y por derecho propio.

Es la de más sólido pensar y también la más artista. Ella ha afrontado la visión amplia de la vida y de su observación sagaz ha deducido severas lecciones de filosofía social.

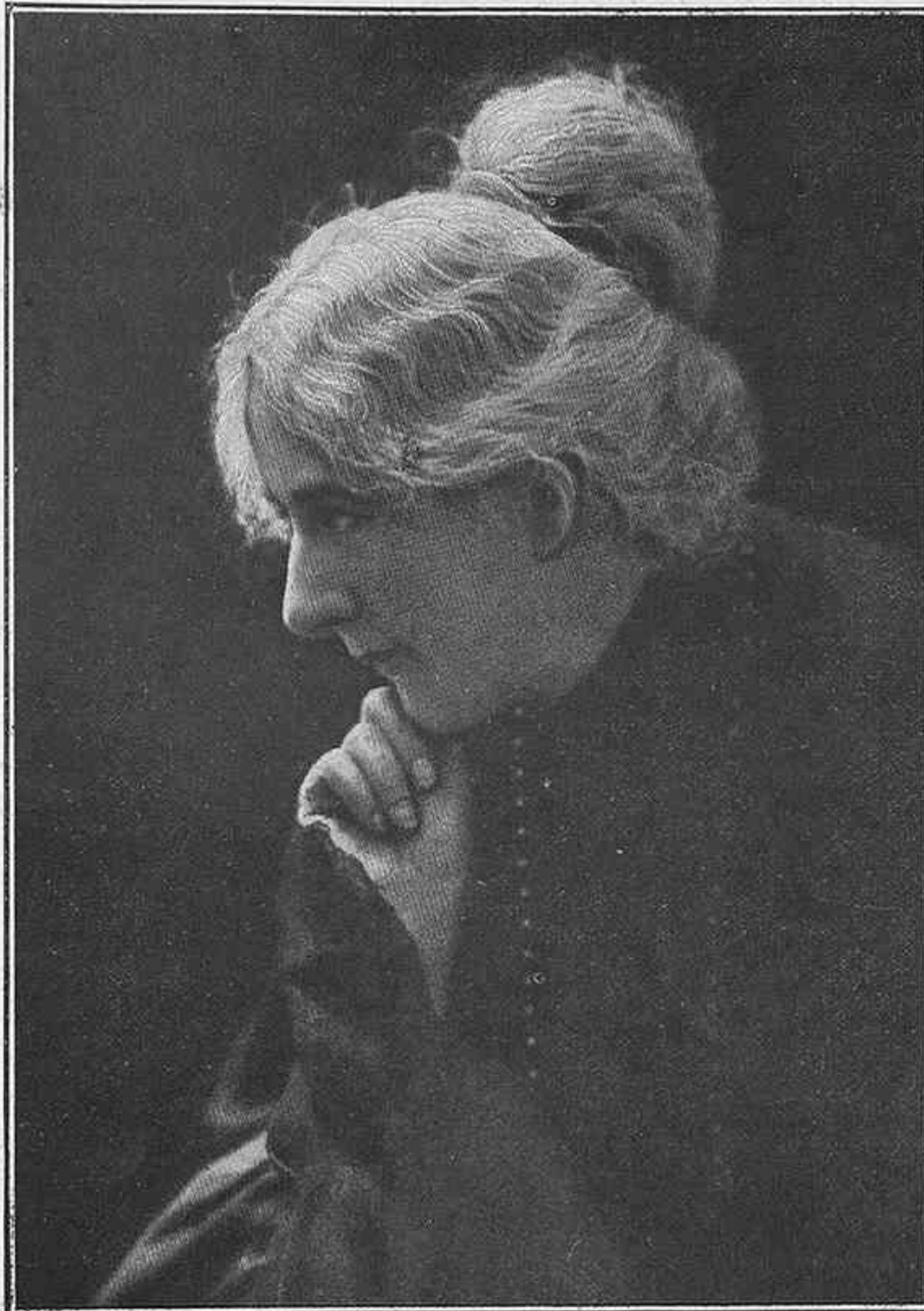
Tengo para mí que Gabriela Reuter ha expresado todo el espíritu de su arte en las palabras que pone en boca de Martín Greffinger, uno de los protagonistas de *Aus guter Familie* (Chica de buena familia), cuando éste dice á Agata:

«Yo no sé, por otra parte, si importa hoy día hacer *chefs d'œuvre*... Nosotros estamos muy empeñados en el combate. No te preocupes de la forma. Muestra únicamente á tus hermanas, con toda sinceridad, lo que es la existencia de ellas. Puede ser que entonces tendrán el valor de afrontarla ellas mismas, en vez de dejarse imponer por su familia y por la sociedad cómo deben vivir, pobres criaturas enfer-

mizas, tristes é histéricas, á quienes convendría matar en montón á los treinta años.»

Aquí está, en síntesis, todo el pensamiento que ha ido moviendo la pluma, generosa en parte, pero también cruel generalmente, de Gabriela Reuter al escribir sus novelas. Siente á veces el ímpetu intelectual de Ibsen queriendo libertar á la mujer de los convencionalismos sociales, para reintegrarla á su plena personalidad; pero en ocasiones, y es un caso paradójico, parece acosada la ilustre escritora por la furia del misógino Strindberg.

¿Son tipos de mujer equilibrados los que presenta la ilustre novelista? Son histéricas, acosadas por los nervios, desorientadas por la inquietud del espíritu.



La escritora Gabriele Reuter

Es posible que al pretender reflejar estados de la vida social, sorprendiendo y analizando las condiciones en que se desenvuelve la existencia y los factores que imperiosamente la moldean, haya sólo estudiado casos patológicos y culpe á la sociedad de lo que es obra exclusiva de la naturaleza.

No hay más que estudiar esos tipos femeninos para que la sospecha se confirme.

Gabriela Reuter ha sorprendido las tres etapas fundamentales en la existencia de una mujer: la soltería, el matrimonio, la maternidad. Así ha trazado tres figuras típicas y yo añadiría que representativas. Ha trazado la figura de Agata Heidling, la muchacha soltera, la figura de Elena von der Weiden, la mujer casada, y la señora Burgelin, la madre.

Para la escritora todas ellas son desdichadas en el vivir de la sociedad contemporánea. Desencantos en unas, extrema sujeción como de cárcel en otras, dolores y preocupaciones sin cuento en las últimas. Son esclavas que nunca podrán redimirse, ni con el gesto de *Nora*, en el drama de Ibsen, ni con la actitud resuelta de *Magda*, en el drama de Sudermann.

La historia de Agata Heidling es una acusación formidable contra la clase media, contra sus virtudes mentirosas y sus hipocresías rastreras. No se ahorra un vituperio.

Comienza la novela con un trazo de crudeza que recuerda la iniciación de *La Tierra* de Zola y conserva el sabor de algunos trozos de Maupassant. Agata asiste á su confirmación. Después asiste á un baile. Entra en la existencia. ¿Qué la aguarda? En plena juventud, hay que amar. Conoce por entonces al pintor von Lutz, muy elegante, y se enamora de

él. Bien pronto comprende que es un ser indigno y lo desdén. La familia, para asegurar el porvenir de la muchacha, le busca marido y lo encuentra en el subprefecto Raikendorf. Ella no le ama, pero se sacrificará á la posición y á los honores que conquista. Mas, un día, Raikendorf se retrae. Ha sabido que no hay dote. Nuevo desencanto. En Suiza, tiempo adelante, encuentra á su primo, Martín Greffinger, escritor de renombre, espíritu revolucionario, que al enamorar á la muchacha trata de educarla á su modo. Pero Greffinger no es sincero. Miente en sus cariños, como miente en su propaganda de emancipación de la mujer. Agata comprende esta triste verdad, y rompe sus relaciones, pero de un modo trágico, queriendo suicidarse y terminando por enloquecer. En su encierro pronuncia palabras incoherentes y vocifera gritos horribles. Tras dos años de cura recobra la razón. Pero, medio imbecil, postrada, ya no es más que un pobre despojo humano. Ya no piensa en nada. Hasta la muerte continuará una existencia penosa, enferma de cuerpo y agriada de espíritu. Ella, en ese momento, apenas ha llegado á los cuarenta años y ya es el cadáver de un naufrago olvidado en la orilla.

Esta vida, á juicio de la novelista, la ha destrozado los convencionalismos sociales de la clase media, la educación del hogar, el ejemplo del vivir familiar, en que predomina el espíritu de sacrificio. No lo comprendo. No es Agata el tipo de *le lys*, la pobre muchacha olvidada, desdeñada, que ve agostarse su belleza y su juventud sin un amor en el fondo de un hogar pobre. No; ella es voluble, frívola, histérica. Lleva en ella su propia desdicha.

Ahora, otro tipo. Es el de Elena von der Weiden, la mujer casada. Segunda etapa de la vida femenina que la novelista alemana expone en otra de sus obras que lleva por título el nombre de la heroína.

Elena es lo que llaman los franceses una *incomprise*. Ha sido educada en el campo, en el aislamiento y casi en la soledad aldeana. Cuando la trasladan á Berlín, al cambiar de medio ambiente social, sucumbe al vértigo. Cásase con un hombre de edad madura que aspira á una vida de reposo, mientras que ella se inclina á una existencia de acción. Son dos polos opuestos. Fritz, el marido, es médico y se consagra á su ciencia, pero en la intimidad casera es un ser vulgar. No comprende, ni

puede comprender el carácter de su mujer. Así, naturalmente, se distancian en espíritu. Fritz se atiene á su máxima de que «la vida es sencilla cuando se la vive sencillamente.» Y tiene razón. Pero Elena gusta de las complicaciones y siente el vértigo de las existencias turbulentas. Se ha oído llamar tipo de mártir y de bacante por labios lisonjeros y engañosos, y siente el acoso de curiosidades malsanas. Quiere entregarse á la vorágine social. No encontrando apoyo para estas exaltaciones en la apacibilidad de su marido, llega á odiarlo.

Y en desquite cae en el adulterio. Su amante es el pintor Uglandy, cuyos lienzos, borrascosos y violentos, encantan la sed pasional de Elena.

Fritz comprende su desgracia y se resigna. Elena sufre un desengaño amoroso, ó quizás solamente, por versátil, se hastía, y se resigna también. Pero no puede ser feliz. Ni aun la maternidad la torna venturosa. Queda en pie la duda acerca de la legitimidad de aquel hijo. ¿Es la alegría de sus amores legítimos? ¿Será el testimonio de sus cariños criminosos?

Fuera del hogar, porque la vida conyugal era imposible, ella arrastra una vida de amargas desolaciones. No puede amar á aquel hijo con un amor absoluto de madre, porque surgen de continuo en su conciencia sus remordimientos de esposa. Todos sus amores se han ido ó se han secado. Será una infeliz atormentada para siempre.

Ante este nuevo tipo femenino vuelve igual interrogación; ¿no es una histérica? ¿Es por el contrario una víctima de las convenciones sociales? Sin su temperamento de neurótica hubiese sido feliz en el hogar del sencillo y apacible Fritz.

Por último, queda la señora Burgelin, la madre. Ésta se ha divorciado, después de tener en su matrimonio dos hijos. Su vida en adelante estará consagrada a la educación de ellos. Los hijos se llaman el uno Carlos y el otro Dionisio. Y ¡qué caracteres tan diversos! Carlos, el más viejo, es de una naturaleza original, de un genio vivo, mientras que Dionisio es un carácter equilibrado, tierno y bondadoso. La madre prefiere a este último por sus cualidades morales y hasta siente cierta prevención contra Carlos porque física y espiritualmente se parece al marido, contra quien ella guarda rencores no extinguidos en los años de separación.

Hay que formarlos, educarlos. Ahí está el gran problema, problema angustioso, de la maternidad. La señora Burgelin es inteligente, culta, y por tanto, puede ser una buena educadora. Y se empeña en formar a Carlos a su propia imagen y semejanza, desnaturalizando a violencia el parecido espiritual que ha recibido en herencia de su padre. Es un error. En esa lucha entablada para domeñar inútilmente una naturaleza que se resiste, ¿cómo no han de surgir las graves preocupaciones, los sinsabores hondos, hasta un dolor inacabable? Así es. La señora Burgelin convierte su vida doméstica en un perpetuo purgatorio. No ha sabido acomodarse a las realidades de la vida, y sufre ella, como madre, y hace sufrir a sus hijos, desorbitados, constreñidos a sujetarse a una disciplina educadora que pugna con sus temperamentos y con la misma inclinación de sus instintos.

Toda la obra novelesca de Gabriela Reuter es una acusación contra los hombres. El egoísmo, la vanidad, los prejuicios, la ruindad de éstos desquicia el orden social, utilizándolo exclusivamente en su provecho. Los padres son ambiciosos, los hermanos egoístas, los maridos anodinos, los amantes pérfidos. La especie masculina en el género humano es verdaderamente responsable de todos los males sociales. Habría que liberar a la mujer de esta tiranía que la hace irremediablemente desgraciada.

Pero la insigne novelista, con la buena intención de recargar las pruebas dolorosas porque pasa la mujer a través de la vida y del combate social, nos ha dejado unos ejemplares femeninos que si deben ser compadecidos por sus infortunios, no son en verdad muy adorables. No es la sociedad única culpable de tantas desventuras. La naturaleza también, por su parte, ha puesto su indeclinable a imperativas exigencias. La justicia, sin *parti-pris*, debe ser equitativamente repartida.

Sólo que los talentos admirables de Gabriela Reuter, la primera escritora de la Alemania moderna, tienen una audacia de pensamiento que subyuga y un arte literario que nos rinde por entero a su encanto prodigioso.

ANGEL GUERRA.

EL ALMA DE JUDAS

El día era triston, gris, con fuerte ventisca y amenazas de lluvia.

La vida rural, en perdiendo las galas de Natura, es de lo más monótono que darse pueda. Ni siquiera el atractivo de sentarse al poyo y atisbar el campo o distraerse con el poco o mucho callejeo. No hay más sino encerrarse, recurrir a la lumbre y si, hay reunión, ó platicar sin tasa ó jugar un tute...

No había baraja aquel día en casa de tío Félix, porque algo trascendental reclamaba la conversación y avivaba el comentario. Tratábase una villanía de un lugareño, traidor como él solo, que le jugó mala pasada a un vecino. Y era general la consternación, tanto como unánime la protesta.

Tío Félix, que rayaba en los setenta, escuchaba a todos y asentía. Sí, la trastada era imperdonable, digna del coro de censuras. Pero al asombro de algunos no se asociaba tío Félix, pozo de experiencia, ya que no de ciencia, y oráculo en no pocas ocasiones.

Como callase en aquel punto y hora algo más de lo regular, ó de lo que tenía por costumbre, no faltó

quien le hostigara. Y puede que en la insistencia anduviera mezclado su poquitín de malicia y todo.

La indirecta fué de este tenor:

—¿Qué, tío Félix, concibe usted cosa más horrible que la deslealtad?

—Muchas cosas hay horribles en este mundo, sin que quiera esto decir que no entre la que mentáis.

—¡Mire usted que hacerle traición a un amigo!..

—Ni que no fuera amigo. Siempre es cosa fea. Eso dan de sí la envidia, la ambición, la codicia...

—Para los traidores tendría que existir un castigo especial...



Dux de Venecia, cuadro de Salvador Sánchez Barbudo

—La tienen en sí mismos.

—Verdad es, si les queda tanto así de vergüenza. Mas, si no...

—¡Parece imposible que los haya, después de ahorcarse Judas!..

Tío Félix, con toda calma, encendió su pipa con un tizoncillo, y luego se dirigió al que había hablado el último:

—¿Tú crees que murió Judas?

Sorprende general y movimiento de curiosidad vivísimo. ¡Cuidado con la preguntita!.. Pero cuando el viejo la deslizaba, por algo sería.

El interpelado respondió, entre socarrón y ladino:

—Así dicen, tío Félix. Como hace tanto tiempo...

—Ya lo creo, centurias. Pero el mal apóstol vive, no os quepa duda. Vive su alma, vaga por el mundo, sin posible perdón, errante; pero haciendo de las suyas.

Varias voces fueron las que á una exclamaron:

—¡A ver, á ver!..

Y el oráculo del lugar, tomando la actitud solemne de cada vez que refería una conseja, habló del siguiente modo:

«Pues, señor, ya sabéis lo de los treinta dineros de plata, lo del real ó fingido remordimiento de Judas en cuanto supo la muerte del Señor, y el palmo de lengua que echó afuera en cuanto se ahorcó del árbol... Lo que no sabéis es que el alma de Judas fué á parar derechita al único lugar donde podía hallar refugio...»

—Sí, al infierno, interrumpió el de antes. Y allí esté por los siglos de los siglos...

—¡Ojalá!, observó tío Félix moviendo la blanca testa en señal de duda. Voy á deciros lo que ocurrió.

«Pues haceos la cuenta de que Judas llegó al infierno en busca de refugio. Mas no contaba con la huéspedada... Entrar, entró; porque bastaba declarar

su enorme delito para que el portero le franquease la entrada, casi con admiración.

»A Lucifer picóle la curiosidad, aunque no pareció entusiasmarse gran cosa.

»Ya en su presencia Judas, oyó atentamente aquél; pero aseguran que iba meneando el rabo como inquietándose y poniéndose nervioso.

»Cuando Judas terminó su relato, Lucifer, presa de gran indignación llamó con voz tonante al cancerbero y le espetó esta filípica:

—¿Cómo dejaste que entrara aquí semejante monstruo?.. ¿Acaso has olvidado que en el infierno la traición es desconocida?..

»El cancerbero se quedó patidifuso. ¡Y era verdad, no había caído en la cuenta!.. En los dominios del mal, no caben los traidores. ¡Si será repugnante el delito!..

»Pues bien, el señor de Lucifer por poco no ensarta con su tridente hecho un ascua al malvado Judas. Y la verdad es, hijitos, que pudo haber librado á la humanidad de un azote con sólo conseguir que su ira venciese á su repugnancia.

—¡Largo de ahí!, repitió enfurecido. Tú no cabes entre nosotros.

—¿Adónde iré?, iba gimiendo Judas.

»Y yo no sé si por un rasgo de misericordia ó por el propio instinto del mal, queriendo molestar al Altísimo, lo cierto es que de la boca horrible de Lucifer salió una blasfemia más en esta forma:

—¡Anda y que te ampare Dios, Él que todo lo perdona!..

»Mohino y cabizbajo salió del infierno Judas... Al estar fuera, sucedió al desaliento un rayo de esperanza. Tenía el demonio razón: ¿por qué no irse al cielo á probar fortuna?.. Y sobre todo, ¿qué recurso le quedaba más que aquél?

»Nada, que se decidió el alma de Judas; y ya la tenéis volando, volando, caminito de la mansión celeste.

»Según dicen, San Pedro es un buen hombre, es decir, un santo lleno de bondad. Si al vigilante del infierno le pareció al pronto que merecía Judas, por malvado, abrirle la puerta, al portero del cielo no se le antojó cosa extraordinaria recibir en la antesala á quien acudía confesándose gran pecador, lo que presupone en todo caso un buen arrepentimiento. Pero el taimado de

Judas no se dio á conocer, no mentó más que un *gran pecado*, sin decir cuál fuese... Y San Pedro avisó al Señor de lo que ocurría, y el Señor quiso dar un ejemplo eficaz á unos y á otros...

—¿Qué hizo, qué hizo, tío Félix?, preguntaron varios al notar una pequeña interrupción.

—¿Qué queréis que hiciera!.. Tener en su presencia unos instantes el alma de Judas, y convencerse de que su infinita misericordia no podía llegar á tanto... Los ángeles huyeron despavoridos tan pronto apareció el traidor... A San Pedro por poco le caen las llaves cuando oyó preguntar al Padre Eterno:

»—¿Qué quieres, Judas?..

»No hubo necesidad de más palabras... La gloria celestial en peso rechazaba aquella monstruosidad sin segundo. Si no cabía en el infierno, ¿cómo respirar siquiera en la Gloria?..

»Abajo se fué, en vertiginoso vuelo, hasta parar en la tierra... Así viene vagando eternamente la mala ánima... Y ora se infiltra en uno, ora en otro... Porque, como es tan repugnante, aunque su listeza culebrina le consienta conquistar sitio en un cuerpo, por instinto propio ese cuerpo llega á sacudírsela; y ya tenéis á la mala ánima buscando otra vez dónde parar... ¡Y así siempre, siempre!..

—¿De modo, tío Félix, que no hay cómo acabar con el alma de Judas?..

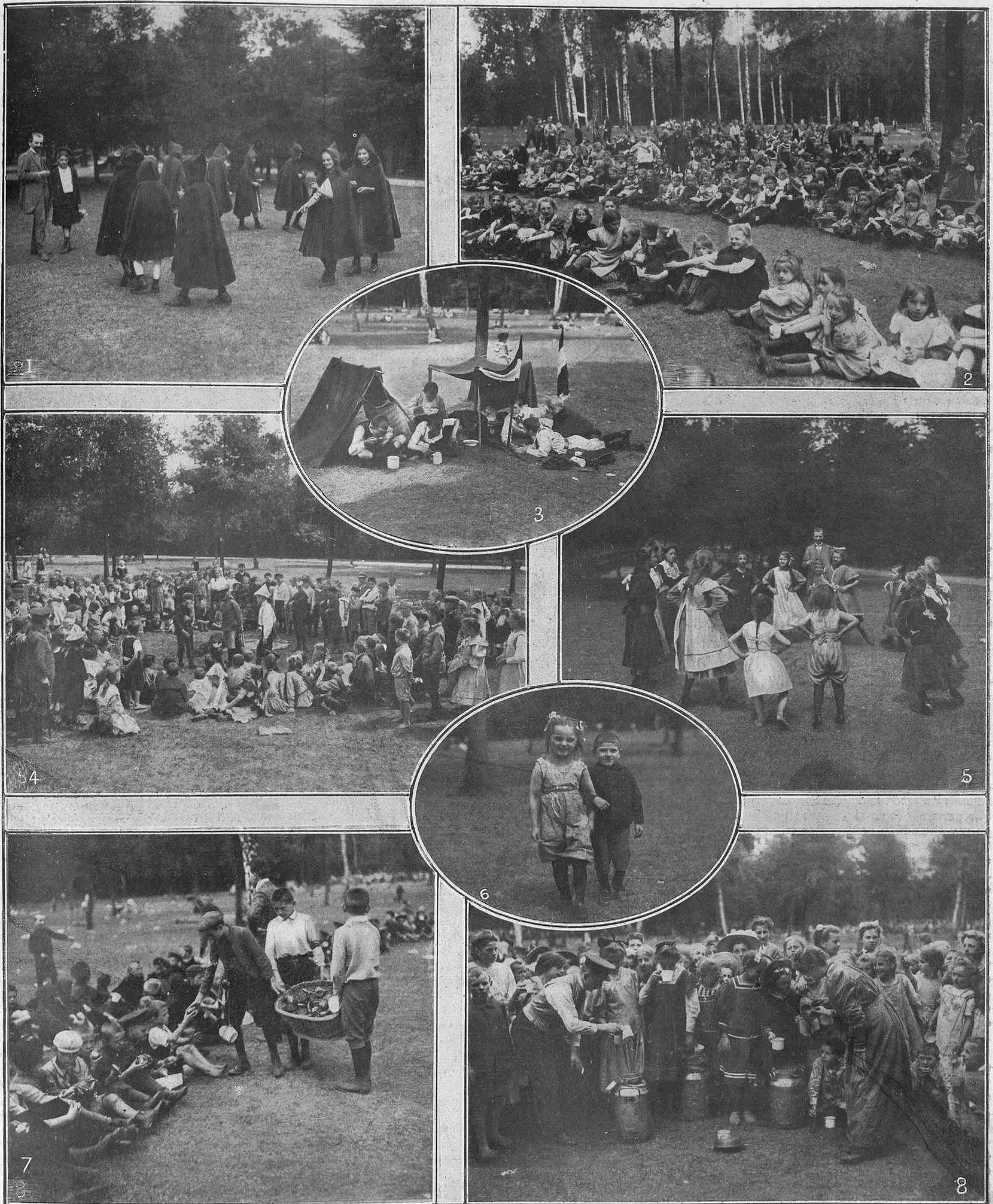
—¡Claro que no!.. Si arriba no cabe y abajo no la quieren, acá se ha de estar yendo á salto de mata.

El auditorio inició un murmullo. Sin duda iba á ser comentada la conseja; y no diré discutida, porque la autoridad del relator era mucha y éste levantó la sesión, observando al que dió pie al discurso:

—¿Ves tú lo que te dije?

El tal rascóse el cuero cabelludo, puede que no muy persuadido de la veracidad del relato.

SEBASTIÁN GOMILA.



1. El juego de los gnomos.—2. Esperando el desayuno.—3. La comida en las tiendas de campaña.—4. Una representación teatral
5. La danza.—6. Buenos camaradas.—7. Distribución de panecillos.—8. Distribución de café con leche

La municipalidad de Berlín tomó, hace algunos años, la laudable iniciativa de crear en los alrededores de la capital lugares de recreo para niños, que los utilizan especialmente durante el período de las vacaciones veraniegas. De estos lugares, el más importante es el Plaenterwald, frondoso bosque adonde diariamente acuden de 1.500 á 4.000 criaturas de ambos sexos. Éstas se reúnen á las siete de la mañana en las diferentes escuelas elementales y en tranvías eléctricos son conducidas á aquel pintoresco sitio, en donde, bajo la vigilancia de maestros y maestras, se entregan á varios juegos y distracciones al aire libre. Allí se les sirven un desayuno, la comida y la merienda, en lo que se consumen diariamente, por término medio, 960 litros de leche, 700 de café, 3.900 raciones de pan y unas 2.000 de sopa. A las siete, las expediciones escolares regresan á Berlín.

POSEN.—INAUGURACIÓN DE UN PALACIO IMPERIAL

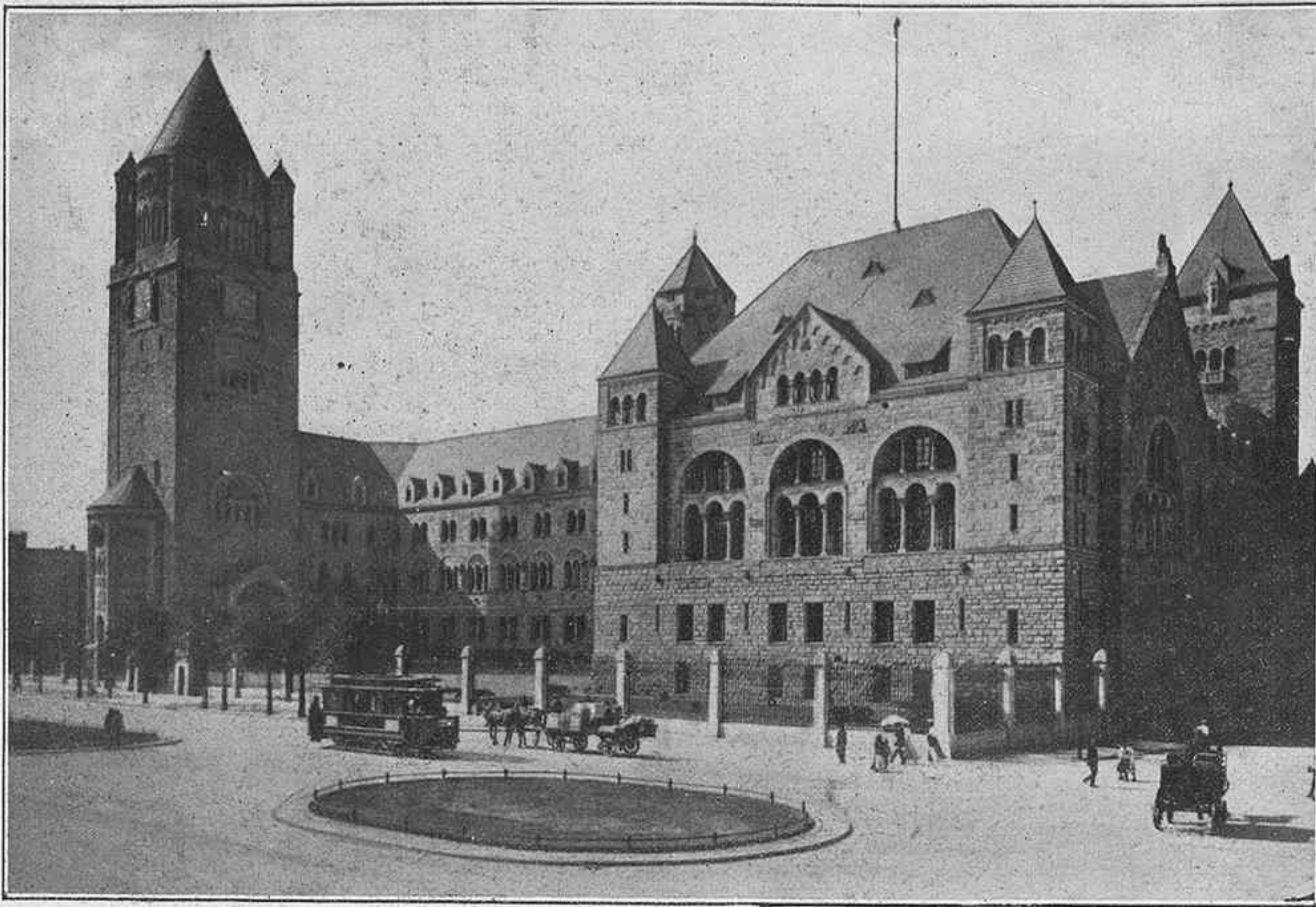
A pesar del tiempo transcurrido desde la desmembración del reino de Polonia y la anexión de sus territorios á Rusia, Prusia y Austria, el pueblo

tacto íntimo, constantemente manifestados, ha realizado recientemente en Posen, capital de la provincia polaco-prusiana de su nombre, un acto que, no

ha hecho construir en aquella ciudad, acto al cual concurrieron el soberano, su augusta consorte, el príncipe heredero, toda la familia imperial, el canciller del imperio y los presidentes de las Cámaras de Señores y Diputados.

El nuevo palacio, edificio de imponente grandeza, de aspecto severo, con algo de castillo medioeval, ha sido construido según los planos del arquitecto, consejero íntimo Schachton, y ha costado seis millones de marcos. Tiene la categoría de residencia imperial y en él vivirá, según parece, el príncipe Eitel Federico, hijo segundo del emperador, revestido con la representación del poder de éste.

La inauguración del palacio se efectuó el día 20 del pasado agosto. La ciudad estaba empavesada y en las calles la población alemana aclamó á sus soberanos, mientras la polaca, compuesta de 20.000 habitantes, permanecía encerrada en sus casas ó



El nuevo palacio imperial, inaugurado solemnemente el día 20 de agosto último y destinado á residencia del príncipe Eitel Federico, hijo segundo del emperador Guillermo II. (De fotografía de Carlos Delius.)

polaco conserva incólume el espíritu de su nacionalidad y acaricia siempre la esperanza de volver á ser algún día país independiente, sin que hayan bastado para destruir esta esperanza y borrar aquel espíritu las medidas, muchas veces de dura represión, adoptadas por las potencias dominadoras.

Refiriéndonos solamente á una de éstas y á tiempos modernos, recordaremos que Prusia ha tratado por todos los medios de germanizar las provincias que en aquel reparto le correspondieron. Primeramente prohibió en las escuelas el uso del idioma polaco y prescribió el alemán, apelando algunas veces á la violencia; mas nada consiguió con ello, pues los niños siguieron siendo tan polacos de corazón y además sintieron hacia Alemania uno de esos odios que, germinados en almas infantiles, jamás se extinguen y antes bien crecen y se endurecen á medida que el niño se va haciendo hombre. Quiso luego expulsar de su suelo á los polacos organizando una colonización, que más parecía una invasión de su territorio; pero los invadidos no se rindieron y si los invasores, comprándoles á fuerza de millones sus propiedades, se adueñaban de una comarca, ellos, con el dinero alemán, compraban tierras en otras y se hacían allí ricos y fuertes. Al fin Prusia pensó en recurrir á los procedimientos de violencia, como el de la expropiación, poniendo á los polacos casi fuera de la ley; mas tales medidas causaron tan desastrosos efectos en el mundo civilizado, que no hubo modo de llevarlas á la práctica y no hicieron sino avivar aún más el odio de los oprimidos hacia los opresores.

El actual emperador Guillermo II, convencido quizás de que á los pueblos de las condiciones del polaco no se les reduce con las persecuciones ni con el rigor y si algo puede conseguirse de ellos ha de ser por la atracción suave y por la acción lenta del afecto, del con-



El príncipe Eitel Federico y su esposa la princesa Sofía Carlota de Oldenburgo yendo á inaugurar el palacio imperial. (De fotografía comunicada por Carlos Trampus.)

sólo por lo que es en sí, sino además por lo que significa, puede acaso ser el punto de partida de una reconciliación, ó cuando menos de un mejoramiento de las relaciones entre los nacionalistas polacos y

presenciaba con absoluta indiferencia el espectáculo. El burgomaestre dió la bienvenida á Guillermo II y éste le contestó manifestándole la satisfacción que le producía su estancia en Posen, á la que con su

presencia en aquella ocasión elevaba á la categoría de residencia imperial. «¡Ojalá que los ciudadanos de Posen—añadió—á la vista de ese grandioso palacio, tengan siempre presente en su memoria la protección paternal con que yo y mis sucesores realizaremos todo trabajo noble y toda noble empresa! ¡Ojalá que esa nueva residencia sea y continúe siendo como una ciudadela de la cultura y de la civilización alemanas!»

Por la noche celebróse un banquete de gala, en el que Guillermo II pronunció un brindis que terminó con estas palabras: «Este palacio ha de ser á la vez una muestra del interés paternal que siento por esta provincia alemana, que bajo el centro de mi casa ha llegado á ser tan floreciente, y un estímulo para quien desee colaborar en cuerpo y alma al desenvolvimiento y al progreso de este país. ¡Que la provincia de Posen prospere y sea una joya de mi corona!»—S.



Niñas de las escuelas esperando el paso de la comitiva imperial. (De fotografía de C. Delius.)

Prusia, y por ende, Alemania. Nos referimos á la solemne inauguración del palacio que el emperador

al progreso de este país. ¡Que la provincia de Posen prospere y sea una joya de mi corona!»—S.

EL PRINCIPADO DE MONTENEGRO ERIGIDO EN REINO

Con ocasión del cincuentenario de la elevación del príncipe Nicolás al trono de Montenegro, se han celebrado en Cetina, capital del hasta ahora princi-

lo en la soberanía del principado en 13 de agosto de 1860 y en 27 de octubre de aquel mismo año se casó con Milena Vucotitch, hija del político monte-

Príncipe heredero Danilo, nacido en 17 de junio de 1871 y casado en 15 de julio de 1889 con Militza (antes Jutta) duquesa de Mecklenburgo.



El rey Nicolás I



La reina Milena

pado, grandes fiestas á las que han concurrido el rey de Italia y su esposa la reina Elena, hija de Nicolás, el tsar Fernando de Bulgaria con el príncipe heredero Boris y el príncipe heredero Alejandro de Rumanía.

Terminadas las fiestas, la Skupchtina, en sesión solemne del día 29 de agosto último, aprobó por unanimidad una proposición erigiendo en reino el principado de Montenegro, é inmediatamente se dirigió en corporación al palacio para pedir al príncipe Nicolás que aceptase la resolución adoptada.

El nuevo rey, en un sentido discurso, aceptó y agradeció la proposición que, restableciendo el antiguo reino, hace resurgir la conciencia del Montenegro y que las grandes potencias acogerán seguramente con benevolencia como nueva garantía de paz y de progreso en aquella frontera entre Oriente y Occidente.

En efecto, comunicada la resolución de la Skupchtina á las potencias extranjeras, todas ellas, y muy especialmente Rusia, han reconocido el nuevo estado

de cosas establecido en Montenegro y algunas han exteriorizado su satisfacción otorgando al nuevo rey preciados honores.

El rey Nicolás I nació en Niegosch en 25 de septiembre de 1841, sucedió á su tío el príncipe Dani-

negrino Pedro Vucotitch, vicepresidente del Consejo de Estado.

De este matrimonio han nacido los siguientes hijos: Princesa Militza, nacida en 14 de julio de 1866 y casada en 26 de julio de 1889 con el gran duque Pedro Nicolaievitch de Rusia.

Princesa Anastasia, nacida en 23 de diciembre de 1867 y casada en 16 de agosto de 1889, en pri-

Princesa Elena, nacida en 27 de diciembre de 1872 y casada 24 de octubre de 1896 con el entonces príncipe de Nápoles y hoy rey Víctor Manuel III de Italia.

Princesa Ana, nacida en 6 de agosto de 1874 y casada en 6 de mayo de 1897 con el príncipe Francisco José de Battenberg.

Príncipe Mirko, nacido en 5 de abril de 1879 y casado en 12 de julio de 1902 con Natalia Constantinovitch.

Princesa Xenia, nacida en 10 de abril de 1881.

Princesa Vera, nacida en 10 de febrero de 1887.

Príncipe Pedro, nacido en 28 de septiembre de 1889.

El territorio del nuevo reino tiene una superficie de 9.080 kilómetros cuadrados y una población de 250.000 habitantes, de los cuales 223.500 son ortodoxos griegos, 12.500 católicos y 14.000 mahometanos.

Sus principales ciudades son: Cetina, la capital, Podgoritz, Nickchtchich, Dulciño, Antivari, Niegosch, Rieka y Daniloovgrad, que tienen respectivamente

4.355, 10.053, 3.875, 5.081, 2.317, 1.890 y 1.125 habitantes.

Montenegro es una monarquía hereditaria en la línea masculina y se rige por la Constitución de 6 de diciembre de 1905.—R.



El príncipe heredero Danilo Alejandro



La princesa heredera Militza

meras nupcias (disueltas por decreto del Santo Sínodo en diciembre de 1906) con el príncipe Jorge Romanowski, duque de Leuchtenberg, y en segundas, en 29 de abril de 1907, con el gran duque Nicolás Nicolaievitch de Rusia.



TRISTÁN E ISOLDA, CUADRO DE A. DE WOLLBORTH, GRABADO POR BONG

LOS REYES DE ESPAÑA EN PARÍS

SS. MM. D. Alfonso y D.^a Victoria, de regreso de su excursión a Inglaterra, han permanecido poco más de un día en

señores marqués de Viana, conde del Grove y Quiñones de León, partió en automóvil para Fontainebleau; S. M. recorrió detenidamente las habitaciones de Napoleón I, las de María Antonieta, la galería de Diana, las habitaciones de la señora de Maintenon, la galería de Enrique II, la galería de Fran-

grandes preparativos á fin de que revista la brillantez de sus mejores tiempos.

Los festejos hasta ahora celebrados han consistido en cabalgatas, conciertos, paseos marítimos, etc.

LA SEÑORITA DUTRIEU

Está visto que las mujeres no quieren que el dominio de los aires sea exclusivamente de los hombres. Sea que la novedad las atraiga ó que excite su codicia el cebo de las cuantiosas ganancias que los aviadores realizan; sea por el afán de singularizarse y llamar la atención ó por vocación verdadera, es lo cierto que poco á poco aumenta el número de señoras que á la aviación se dedican.

En casi todas las escuelas de aviación existentes en Francia hay una ó más discípulas que con tanto entusiasmo como intrepidez hacen los estudios y las prácticas necesarios para poder alcanzar el título de piloto-aviador y con él tomar parte en los mitines y disputar á sus colegas del sexo feo la gloria y el provecho que en tales concursos se obtienen. Los peligros anejos á la aviación no las arredran y los frecuentes accidentes, muchos de ellos mortales, de que han sido víctimas tantos aviadores, no las hacen desistir de su empeño.

Recientemente, en la escuela de Bouy que dirige Farman, ha realizado con gran éxito las pruebas para conseguir aquel diploma, la señorita Dutrieu que, después de haberse hecho



París.—S. M. el rey D. Alfonso XIII, acompañado del Sr. Quiñones de León, paseando por la Avenida de los Campos Eliseos. (De fotografía de Chusseau Flavien.)

París, adonde llegaron el 22 del mes pasado y de donde salieron el 23.

Recibidos en la estación por un ayudante del presidente de la República, por el embajador de España Sr. Pérez Caballero, por el personal de la embajada, por representantes del gobierno francés y por numerosos individuos de la colonia española, los soberanos, que viajaban de riguroso incógnito, se dirigieron, con las personas de su séquito, al hotel Meurice, siendo aclamados, al salir de la estación, por el público.

Poco después, SS. MM. marcharon en automóvil al aeródromo de Buc; allí le fueron presentados á D. Alfonso XIII los oficiales pilotos, teniente de navío Byasson, capitán Duperrón y tenientes Cheutin y Binda. El rey subió á un aeroplano y se hizo explicar todos los detalles del funcionamiento y de las maniobras para la conducción del aparato: luego el notable aviador y profesor de aquella escuela de aviación Maurice Farman, á pesar del fuerte viento que soplabá, realizó un vuelo y practicó en el aire varias evoluciones, siendo, á su descenso, muy felicitado por S. M.

Por la noche asistieron los soberanos españoles al teatro del Vaudeville, en donde se representaba la bellísima comedia de Alfredo Capus *Les deux écoles*.

A la mañana siguiente D. Alfonso, acompañado del agrega-

cisco I, las habitaciones del Papa, las de Luis XV, las del presidente Carnot, la galería de los Fastos y finalmente, en el jardín de Diana, las habitaciones de Bonaparte, primer cónsul, tan hábilmente restauradas y amuebladas por el señor Dujardin-Beaumetz. Después de haber atravesado los jardines y visitado la capilla y el museo chino, S. M. volvió á tomar el automóvil y regresó al hotel, del que salió al poco rato, con la reina y las numerosas personas que habían acudido á despedirles, dirigiéndose á la estación de Orleans, en donde un piquete de la guardia republicana tributó á SS. MM. los correspondientes honores. Unos minutos después, partió el tren que había de conducirlos á San Sebastián.

NÁPOLES.—LA FIESTA DEL MAR

En los últimos días de agosto y primeros de septiembre la hermosa ciudad de Nápoles celebra grandes fiestas, que comienzan con la proclamación de la reina del mar. La de este año es la segunda de las hasta ahora nombradas; llámase María y de manos de su antecesora, Elvira, la reina del año pasado, recibió solemnemente la soberanía de su reino.

Después de la ceremonia de la coronación, la reina y su



La señorita Dutrieu, que recientemente ha obtenido el título de piloto-aviador. (De fotografía de M. Rol.)

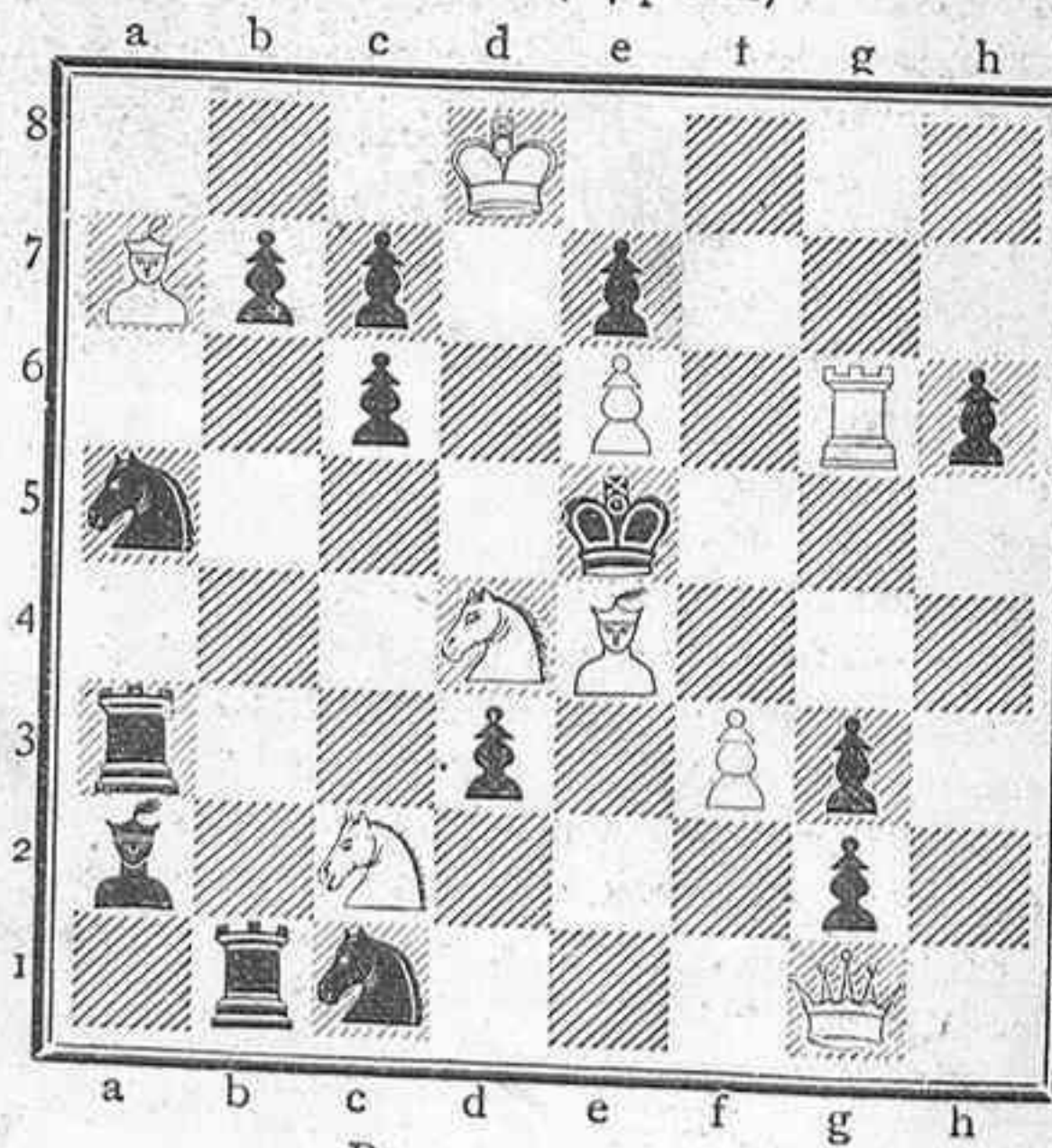
célebre como velocipedista y acróbata y de haber conquistado grandes aplausos en algunos teatros parisienses, se ha decidido á consagrarse á la aviación, en la que, según los profesionales que la han visto practicarse, le esperan señalados triunfos.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 551, POR V. MARÍN

2.º premio del concurso de «Lasker's Chess Magazine» (1905 1909)

NEGRAS (14 piezas)



BLANCAS (9 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 550, POR V. MARÍN

Blancas.

1. c 2-c 4
2. C. A ó D mate.

Negras.

1. Cualquiera.

Al presente número se acompaña, exclusivamente para los suscriptores de la Península, un folletito referente á los Salicatos de bismuto y cerio de Vivas Pérez, cuya lectura, por su oportunidad con motivo de los temores de invasión colérica, se recomienda.



Nápoles.—La fiesta del mar. Llegada de la Reina del Mar, en la galera real, á Mergellina (De fotografía de Carlos Abeniacar.)

do á la embajada Sr. Quiñones de León, dió un paseo en automóvil y á pie por los alrededores de París, mientras Doña Victoria, en compañía de la duquesa de San Carlos, efectuaba algunas compras. A la una almorzaron los reyes en un restaurante del Pré Catalán y después del almuerzo, el rey, con los

corte, compuesta de bellas jóvenes, se embarcaron en el Posilipo, en una galera adornada con multitud de banderas, flores y guirnaldas, dirigiéndose á Nápoles, en donde ha de ejercer su imperio hasta el 8 de este mes, en que las fiestas terminan con la excursión á Piedigrotta, para la cual se han hecho este año

EL MISTERIO DEL CUARTO AMARILLO

NOVELA ESCRITA POR GASTÓN LEROUX. — ILUSTRADA POR SIMONT. (CONTINUACIÓN.)

La ruina moral de un edificio racional, duplicada por la ruina real de la visión fisiológica, al mismo tiempo que los ojos siguen viendo claro, ¡qué tremendo golpe sobre el cráneo!

Felizmente, Matilde apareció en el umbral de su antecámara. La vi; y aquello distrajo un poco mi pensamiento vuelto al caos... La respiré..., respiré su perfume de la dama de negro... ¡Querida dama de negro, querida dama de negro que acaso no vuelva yo a ver! ¡Diez años de mi vida, la mitad de mi vida por ver una vez más la dama de negro! Mas, ¡ay!, ¡sólo encuentro, muy de tarde en tarde, el perfume, casi el perfume cuyo rastro, sensible para mí solo, respiraba yo en mi juventud (1)!... ¡Aquella reminiscencia aguda de tu querido perfume, dama de negro, fué la que me empujó hacia ésta que está aquí toda de blanco, y tan pálida, tan pálida, y tan hermosa en la *galería inexplicable*. Sus hermosos cabellos dorados recogidos sobre la nuca dejan ver la estrella encarnada de su sien, la herida que estuvo a punto de ocasionar su muerte... Al principio, imaginaba yo que, la noche del misterio del *Cuarto Amarillo*, Matilde llevaba el pelo alisado sobre las sienes... Pero, antes de penetrar en el *Cuarto Amarillo*, ¿cómo hubiera podido razonar sin suponer ese peinado?

Y, ahora, ya no razo no de ninguna manera, desde el hecho de la *galería inexplicable*; estoy ahí, estúpido, ante la aparición de Matilde, pálida y tan hermosa. Lleva una bata de una blancura ideal. Diríase una aparición, un suave fantasma. Su padre la abraza con pasión, parece recuperarla una vez más, puesto que una vez más ha podido ser atacada por el asesino. No se atreve a hacerle preguntas... Se la lleva al cuarto de ella, adonde les seguimos..., porque, después de todo, es menester aclarar lo ocurrido... La puerta del tocador está abierta... Las dos caras espantadas de las enfermeras se inclinan hacia nosotros... Matilde pregunta qué significa tanto ruido y nos explica lo que ella ha hecho. «Nada más sencillo», dice. — ¡Qué sencillo!, ¡qué sencillo!... Se le ha ocurrido no dormir esta noche en su cuarto, acostándose en la misma pieza que las enfermeras, en el tocador... Y cerró la puerta de esta pieza... Desde la noche del crimen tiene temores, miedos repentinos muy comprensibles... ¿Quién comprenderá por qué, justamente esta noche en que debía él volver, se ha encerrado ella, por feliz casualidad, con su gente? ¿Quién comprenderá por qué rechaza ella el deseo de su padre, el cual quisiera pasar las noches en el salón de su hija, puesto que su hija tiene miedo? ¿Quién comprenderá por qué la carta, que ha poco

estaba sobre la mesa del cuarto, ya no está allí?.. Quien comprenda todo eso, dirá: Matilde sabía que el asesino, había de volver..., no podía impedirle que

cómo tiembla, la desgraciada!.. Tiembla al oír el fantástico relato que le hace su padre de la presencia del asesino en su cuarto y de la caza que se le ha dado... Pero es visible..., es visible que no se tranquiliza del todo sino cuando le afirman que el asesino, por inconcebible sortilegio, consiguió escaparse.

Y después hay un silencio... ¡Qué silencio!.. Estamos todos ahí, mirándola... Su padre, Larsán, el tío Santiago y yo... ¿Cuáles son los pensamientos de ella en medio de ese silencio?.. Después del acontecimiento de esta noche, después del misterio de la *galería inexplicable*, después de la prodigiosa realidad de la instalación del asesino en el cuarto de ella, parece-me que todos los pensamientos, todos, desde los que se arrastran bajo el cráneo del tío Santiago, hasta los que nacen bajo el cráneo del señor Stangerson, todos ellos podrían traducirse por estas palabras que le dirigieran a ella: «¡Oh tú que conoces el misterio, explícanoslo, y quizá te salvemos!» ¡Ah!, ¡de qué buena gana la salvaría yo..., de sí misma y del otro!.. Lloro de pena... Sí, siento mis ojos llenarse de lágrimas ante tanta miseria tan horriblemente oculta.

Aquí está la que tiene el perfume de la *dama de negro*..., por fin la veo, en su casa, en su cuarto, en ese cuarto en donde no ha querido recibirme..., en ese cuarto en donde se calla, en donde sigue callándose. Desde la hora fatal del *Cuarto Amarillo*, giramos alrededor de esa mujer invisible y muda para saber lo que ella sabe. Nuestro deseo, nuestra voluntad de saber deben ser para ella un suplicio más. ¿Quién nos dice

que, si «averiguamos» el conocimiento de su misterio, no será la señal de un drama más espantoso que los que ya se han desarrollado aquí? ¿Quién nos dice que no morirá Matilde de resultados de tal descubrimiento? Y, no obstante, ha estado a punto de morir..., y seguimos no sabiendo nada... O, mejor dicho, los hay que no saben nada..., pero yo..., si supiera quién, lo sabría todo... ¿Quién?, ¿quién?, ¿quién?.. Y, por no saber quién, debo callarme, por compasión por ella, pues no hay asomo de duda de que ella sabe cómo huyó él del *Cuarto Amarillo*, y, sin embargo, se calla. ¿Por qué hablaría yo? ¿Cuando yo sepa quién, LE HARÉ A ÉL!»

Ahora nos mira..., pero de lejos..., como si no estuviéramos en su cuarto... El Sr. Stangerson rompe el silencio. Declara que, desde aquel momento, no abandonará las habitaciones de su hija. En vano trata ésta de oponerse a la voluntad de su padre: el profesor no cede; desde esta misma noche se quedará aquí, dice. Y, en seguida, preocupado únicamente por la salud de su hija, le reprocha el que se haya levantado..., después le habla como a una niña..., le



Entonces dice Matilde con voz tan dolorosa estas simples palabras «¡Padre mío!, ¡padre mío!»

volviera..., no ha avisado a nadie porque es menester que al asesino no lo conozca nadie, ni siquiera el padre; nadie, excepto Roberto Darzac. Pues, a estas fechas, seguramente que Darzac lo conoce... Quizá lo conociera antes... Recuérdese la frase del jardín del Elíseo: «*Habré de cometer un crimen, para poseer a usted*». ¿Contra quién, el crimen, sino contra el obstáculo, contra el asesino? Recuérdese también esta frase de Darzac en contestación a mi pregunta: «¿No le disgustaría a usted que descubriera yo al asesino?» — «¡Ah!, ¡quisiera matarlo con mi propia mano!» A lo cual replicó yo: «No ha contestado usted a mi pregunta.» Lo cual era cierto. En verdad, en verdad, de tal manera conoce el Sr. Darzac al asesino, que teme que yo lo descubra al mismo tiempo que quisiera él matarlo. Sólo por dos razones ha facilitado mis pesquisas: primero porque le obligué a ello; y después, para poder velar mejor por ella...

Estoy en el cuarto..., en su cuarto..., La miro..., y miro también el sitio donde, hace un rato, estaba la carta... Matilde se ha apoderado de la carta; esa carta era para ella, sin duda..., sin duda alguna... ¡Ah

(1) Diez y ocho años tenía Pepe Ruedelabola cuando escribía estos renglones..., y habla «de su juventud» He respetado todo el texto de mi amigo, pero una vez más recuerdo al lector que el episodio del perfume de la dama de negro no forma parte indispensable del *Misterio del Cuarto Amarillo*... Pero no es culpa mía si, en los documentos que yo cito aquí, tiene, á veces, Pepe, reminiscencias de su juventud.

sonríe..., apenas si sabe lo que dice y lo que hace... El ilustre profesor pierde la cabeza... Repite palabras sin ilación que demuestran el desorden de su espíritu...; no está más firme el nuestro... Entonces dice Matilde con voz tan dolorosa estas simples palabras: «¡Padre mío!, ¡padre mío!» que éste prorrumpe en sollozos. El tío Santiago se suena, y Larsán mismo tiene que volver la cabeza para ocultar su emoción. Yo, estoy incapaz..., ya no pienso, ya no siento, estoy por debajo del vegetal. Me da rabia de mí mismo.

Esta es la primera vez que Larsán se halla, como yo, frente a Matilde, desde el atentado del *Cuarto Amarillo*. Lo mismo que yo, había insistido para interrogar a la desgraciada; pero tampoco él fué recibido. Ambos recibimos la misma contestación: la señorita Stangerson estaba demasiado débil para recibirnos; bastaban los interrogatorios del juez de instrucción para cansarla más de lo debido, etc... Se notaba evidente mala voluntad para ayudarnos en nuestras investigaciones; a mí no me extrañaba semejante actitud, pero a Larsán le sorprendía mucho. Verdad es que Larsán y yo pensamos de muy distinta manera respecto de ese crimen.

... Lloran..., y me sorprende a mí mismo repitiendo, en el fondo de mí ser: ¡Salvarla!... ¡Salvarla a pesar suyo!... ¡Salvarla sin comprometerla! ¡Salvarla sin que él hable! ¿Quién: él? — Él, el asesino... ¡Cogerlo y cerrarle la boca!... ¡Pero Darzac ha dado a entender que para cerrarle la boca, es preciso matarlo! Conclusión lógica de las frases que se le han escapado a Darzac: ¿Tengo yo derecho a matar al asesino de Matilde? ¡No!... Pero, por poco que me dé ocasión para ello... ¡Sólo para ver si realmente es de carne y hueso! ¡Sólo para ver su cadáver, puesto que no es posible coger su cuerpo en vida!

¡Ah!, cómo hacer comprender a esa mujer, que ni siquiera nos mira, que sólo atiende a su espanto y al dolor de su padre, que soy capaz de todo para salvarla... Sí..., sí..., de nuevo tomaré posesión de mi razón y haré prodigios...

Me adelanto hacia ella..., quiero hablar, quiero explicarle que confíe en mí... Quisiera hacerle entender, por medio de algunas palabras que sólo ella y yo comprendamos, que sé cómo salió del *Cuarto Amarillo* su asesino, que he adivinado la mitad de su secreto..., y que la compadezco, de todo mi corazón... Mas ya su actitud nos pide que la dejemos sola; su actitud expresa cansancio, necesidad de reposo inmediato... El Sr. Stangerson nos ruega que volvamos a nuestras respectivas habitaciones, nos da las gracias, nos despide... Larsán y yo saludamos, y, seguidos del tío Santiago, volvemos a la galería. Oigo a Larsán que murmura: «¡Extraño!, ¡extraño!...» Me hace señas de que entre en su cuarto, y ya en el umbral, se vuelve hacia el tío Santiago y le pregunta:

—¿Usted lo vió, realmente?

—¿A quién?

—Al hombre.

—¿Si lo vió... Tenía poblada barba roja, pelo rojo...

—Ese mismo es el recuerdo que conservo de él, dije yo.

—Y yo también, dijo Larsán.

Ahora estamos solos, el policía y yo, hablando del asunto, en su cuarto y durante una hora, revolvemos el suceso en todos sentidos. Resulta claro que Larsán, por las preguntas que me hace, por las explicaciones que me da, está persuadido—á pesar de sus ojos, á pesar de todos los ojos—de que el hombre ha desaparecido por algún pasaje secreto, conocido de él.

—Pues conoce el castillo, me dice el policía; lo conoce bien...

—Es hombre más bien alto, fornido...

—Tiene la estatura necesaria..., murmura Larsán...

—Le comprendo á usted...; pero, ¿cómo explica usted la barba roja, el pelo rojo?

—Demasiada barba, demasiado pelo..., todo eso es postizo, indica Larsán.

—Muy pronto lo ha dicho usted... Le preocupa á usted Roberto Darzac... ¿No podrá usted dejar de pensar en él? Tengo para mí que es inocente...

—¡Mejor! Lo deseo..., pero, todo le condena... ¿Ha notado usted los pasos en la alfombra? Venga usted á verlos...

—Los he visto... Son los pasos elegantes de la orilla del estanco.

—Son los pasos de Roberto Darzac; ¿lo negará usted?

—Evidentemente; pueden confundirse con ellos...

—¿Ha notado usted que el rastro de sus pasos no vuelve? Cuando salió del cuarto el hombre, perseguido por nosotros todos, sus pasos no han dejado rastro...

—Quizá estuviera el hombre en el cuarto desde hacía varias horas. El barro de sus botas se ha secado, y, además, se deslizaba con tal rapidez sobre la punta de los pies... Se le veía huir..., no se le oía...

De repente, interrumpo esta charla deshilvanada, sin lógica, indigna de nosotros. Le hago señas á Larsán que escuche:

—Allí, abajo..., cierran una puerta...

Me levanto, Larsán me sigue y bajamos á la planta baja del castillo. Llevo á Larsán á la pieceta cuyo terrado da bajo la ventana de la galería vuelta y mi dedo designa esa puerta, cerrada ahora, pero que antes estaba abierta y bajo la cual se filtra algo de luz.

—¡El guarda!, dice Larsán.

—Vamos allá, le digo yo quedito.

Y, decidido, pero sin saber á qué, quizás á creer que el culpable era el guarda, me adelanto contra la puerta, y doy un golpe brusco.

Algunos pensarán que ya no venía á cuento lo que hacemos, y que el primer deber de todos nosotros, después de haber visto cómo se nos escapó el asesino en la galería, era el buscarlo por todas partes, en torno del castillo, en el parque...

A semejante objeción, sólo esto podríamos contestar: que de tan inexplicable manera había desaparecido de la galería el asesino, que pensamos que, en efecto, no estaba en ninguna parte. Se nos escapó cuando todos estábamos á punto de agarrarlo, y á nadie se le hubiera ocurrido que pudiéramos descubrirlo en el misterio de la noche y del parque. Y, finalmente, ya he dicho que semejante desaparición fué para mí como un mazazo en pleno cráneo.

... No bien llamé, se abrió la puerta; con voz tranquila nos preguntó el guarda qué deseábamos. Estaba en camisa é iba á acostarse; aún estaba intacta la cama...

Entramos; y con extrañeza le dije:

—¿Aún no se ha acostado usted?...

—¡No!, contestó con voz ruda... He ido á girar una visita por el parque y por el bosque... Acabo de regresar, y tengo sueño..., ¡buenas noches!...

—Escuche, le dije... Hace poco había una escalera cerca de su ventana de usted...

—¿Qué escalera? No he visto escalera alguna...

¡Buenas noches!

Y, sin más, nos despidió.

Fuera, miré á Larsán. Estaba impenetrable.

—¿Y qué?, pregunté.

—¿Y qué?, repitió Larsán...

—¿No le abre á usted ningún horizonte lo que acabamos de ver?

Estaba positivamente de mal humor y al regresar al castillo le oí refunfuñar:

—¡Muy extraño, pero muy extraño sería que me hubiese yo equivocado hasta ese punto!...

Y, esta frase, me pareció que más bien iba dirigida á mí que no á él mismo.

Añadió:

—En todo caso, pronto sabremos á qué atenernos... Dentro de pocas horas amanecerá.

XVII

RUEDELABOLA HA DIBUJADO UN CÍRCULO ENTRE LAS DOS PROTUBERANCIAS DE SU FRENTE

EXTRACTO DEL CUADERNO DE APUNTES DE PEPE RUEDELABOLA

(Conclusión)

Nos separamos en el umbral de nuestros cuartos después de un melancólico apretón de manos felicitándome yo de haber hecho nacer alguna sospecha de su error en aquel cerebro original, sumamente inteligente, pero antimetódico. No me acosté; esperé á que amaneciera y salí del castillo. Le di la vuelta examinando todos los rastros que iban á él ó que venían de allí; pero estaban tan confusos y tan mezclados, que ninguna indicación me suministraron. Además, tengo empeño en hacer observar aquí que no acostumbro dar exagerada importancia á los signos exteriores que deja el paso de un crimen. El método que consiste en afirmar que un individuo es un criminal, sin más indicios que unas cuantas huellas de pasos, es completamente primitivo. Hay muchas huellas de pasos que son idénticas, y apenas si hay que tomar de ellas una primera indicación que, en ningún caso, habrá de considerarse como una prueba.

En fin, ello es que, sin pensamiento fijo, me fui al patio de honor y me agaché sobre los rastros, sobre todos los rastros que allí había, en busca de esa primera indicación que tanta falta me hacía para agarrarme á algo razonable, á algo que me permitiese razonar sobre los acontecimientos de la *galería inexplicable*. ¿Cómo razonar?... ¿Cómo razonar?

... ¡Ah!, ¡razonar sin extravíos! Me siento, desesperado, sobre una piedra de aquel patio desierto... ¿Qué es lo que estoy haciendo, desde hace más de una hora, sino la más baja tarea del más vulgar de los

policías?; voy en busca del error como un inspector cualquiera, guiándome por la huella de algunos pasos que me harán decir lo que quieran, QUE ME HARÁN PENSAR COMO LES DÉ LA GANA...

Me veo más abyecto, más bajo en la escala de las inteligencias que esos agentes de la Seguridad imaginados por los novelistas modernos, agentes que han adquirido su método en la lectura de las novelas de Edgardo Poe ó de Conan Doyle. ¡Ah!, ¡agentes literarios..., que edificáis montañas de estupidez con un rastro de paso sobre la arena, con el dibujo de una mano sobre una pared!—Esto lo digo por ti, Federico Larsán, por ti, agente literario... Has leído demasiado á Conan Doyle; amigo mío, Sherlock Holmes te hará cometer tonterías, necedades de razonamiento más enormes que las que leemos en los libros... Te harán arrestar á un inocente... Con tu método á lo Conan Doyle has sabido convencer al juez de instrucción, al jefe de la Seguridad..., á todo el mundo... ¡Esperas una última prueba..., una última!... ¡Dí, mejor, una primera, desgraciado!... Nada de lo que nos ofrecen los sentidos puede ser una prueba... También yo he examinado los rastros sensibles, pero únicamente para pedirles que entraran en el círculo dibujado por mi razón. ¡Ah!, estrecho, estrechísimo fué a veces ese círculo... Mas, por estrecho que fuera, resultaba inmenso, puesto que sólo verdad contenía... Sí, sí, lo juro, los rastros sensibles nunca fueron más que mis siervos..., jamás fueron mis amos... Nunca hicieron de mí esa cosa monstruosa, más terrible que un hombre sin ojos: ¡un hombre que ve mal!; ¡y he ahí por qué triunfaré de tu error y de tu cogitación animal, oh Federico Larsán!

¡Cómo!, ¡cómo!; porque, por primera vez, anoche, en la galería inexplicable, ha ocurrido un acontecimiento que parece no entrar en el círculo trazado por mi razón, divago y me inclino, hasta tocar con las narices en el suelo, como un cerdo que busca, al azar, en el fango, la basura que ha de nutrirlo... Vaya, Ruedelabola, amigo mío, levanta la cabeza..., es imposible que el acontecimiento de la galería inexplicable haya salido del círculo trazado por tu razón... ¡Lo sabes! ¡Lo sabes! Por consiguiente, alza la cabeza..., oprime con tus dos manos las protuberancias de tu frente, y recuerda que, cuando trazaste el círculo, tomaste, para dibujarlo en tu cerebro como quien traza en el papel una figura geométrica, tomaste tu razón por su mejor lado

Y ahora, anda..., vuelve á la galería inexplicable apoyándote en lo más robusto de tu razón, como Federico Larsán se apoya sobre su bastón, y no tardarás en probar que el gran Larsán no es más que un necio.

PEPE RUEDELABOLA.

30 de octubre, mediodía.

Así pensé..., así obré... Ardiéndome la cabeza, volví á la galería, y hete que, sin haber encontrado en ella más que lo que vi anoche, la parte robusta de mi razón me ha mostrado una cosa tan formidable, que necesito apoyarme en ella para no caerme.

¡Ah!, ¡voy á necesitar fuerza, no obstante, para descubrir ahora los rastros sensibles que van á entrar, que deben entrar, en el círculo más ancho que he dibujado aquí, entre las dos protuberancias de mi frente!

PEPE RUEDELABOLA.

30 de octubre, medianoche.

XIX

RUEDELABOLA ME CONVIDA

Á ALMOZAR EN LA POSADA DEL CASTILLEJO

Sólo más tarde fué cuando Pepe me entregó el cuaderno de apuntes en que la historia del fenómeno de la *galería inexplicable* había sido relatada por completo, por él, en la mañana misma que siguió á aquella noche enigmática. El día en que fui á verle al castillo, me contó, detalladamente, cuanto sabe ahora el lector, incluso el empleo de su tiempo durante las pocas horas en que, aquella semana, estuvo él en París, en donde, por cierto, nada importante logró saber.

El acontecimiento de la *galería inexplicable* sobrevino en la noche del 29 al 30 de octubre, es decir, tres días antes de mi regreso al castillo, puesto que estábamos á 2 de noviembre. De modo que el 2 de noviembre fué cuando volví yo al castillo, provisto de armas, como me lo pedía mi amigo en su telegrama.

Estoy en el cuarto de Pepe; acaba éste de terminar su relato.

Mientras hablaba, no había cesado de acariciar la convexidad de los cristales del binóculo hallado en el

velador, y comprendía yo, por la alegría que le causaba el manipular aquellos cristales de prisma, que debían éstos de constituir una de aquellas *señales sensibles destinadas a entrar en el círculo trazado por el mejor lado de su razón*. Aquella manera rara, única, que tenía de expresarse empleando términos maravillosamente adecuados a su pensamiento, ya no me sorprendía; pero, las más de las veces, era necesario conocer su pensamiento para comprender dichos términos, y no siempre era cosa fácil penetrar el pensamiento de Pepe. El pensamiento de aquel niño era una de las cosas más curiosas que hasta entonces había yo podido observar. Pepe se paseaba en la vida con su pensamiento, sin sospechar la extrañeza, ó, mejor dicho, alelamiento que provocaba en los demás. La gente volvía la cabeza hacia aquel pensamiento; lo miraban pasar, alejarse, como se para uno para considerar con más detenimiento una silueta original que cruza por nuestro camino. Y, así como decimos: «¿De dónde viene ese?, adónde va?», decíamos: «¿De dónde viene el pensamiento de Ruedelabola, y adónde va?». He dicho que no sospechaba Pepe el color original de su pensamiento; por eso no le molestaba para pasearse, como todo el mundo, en la vida. Asimismo, un individuo que no se da cuenta de la excentricidad de sus atavíos, está del todo a sus anchas, cualquiera que sea el medio por donde circule. Con sencillez natural, aquel niño, irresponsable de su cerebro sobrenatural, expresaba cosas formidables *por lo escorzada que era su lógica*, tanto, que no podíamos, nosotros, comprender su forma sino cuando, ante nuestros maravillados ojos, tenía á bien Pepe alargarla y presentarla de cara en su posición normal.

Me preguntó Pepe qué pensaba yo del relato que acababa de hacerme. Le contesté que su pregunta me embarazaba mucho; á lo cual me replicó que probará, á mi vez, á utilizar, como él, el mejor lado de mi razón.

—Pues bien, dije, me parece que el punto de partida de mi razonamiento debe de ser éste: está fuera de duda que el asesino á quien usted perseguía se ha hallado, en cierto momento, en la galería.

Y me detuve...

—Después de tan feliz arranque, exclamó Pepe, no debió usted pararse tan pronto. Vamos, un pequeño esfuerzo.

—Probaré. Desde el momento que estaba en la galería y que desapareció de ella, no habiendo podido pasar por una puerta ni por una ventana, preciso es que se haya escapado por otra abertura.

Ruedelabola me miró con lástima, se sonrió, y no titubeó en confiarme que seguía razonando «como un zapato.»

—¿Qué digo? ¡No como un zapato, no: razona usted como Federico Larsán!

Pues Ruedelabola pasaba por períodos alternativos de admiración y de desdén hacia Federico Larsán; tan pronto exclamaba: «¡Es realmente superior!», tan pronto gemía: «¡Qué bestia!», según que los descubrimientos de Larsán corroboraban el razonamiento de Pepe ó que lo contradecían. Era ésta una de las flaquezas del noble carácter de aquel extraño niño.

Nos habíamos levantado y me llevó al parque. Estábamos en el patio de honor y nos dirigíamos hacia la salida, cuando un ruido de postigos violentamente abiertos nos hizo volver la cabeza, y vimos en el primer piso del ala izquierda del castillo, en una ventana, una cara coloradísima y del todo afeitada que yo no conocía.

—¡Arthur Rance!, murmuró Pepe.

Bajó la cabeza, apresuró el paso, y le oí decir entre dientes:

—¿De modo que estaba anoche en el castillo? ¿Qué ha venido á hacer aquí?

Ya que estuvimos algo alejados del castillo, le pregunté quién era aquel Arthur Rance y cómo lo había él conocido. Entonces me recordó su relato de aquella misma mañana, haciéndome recordar que mister Arthur-W. Rance era aquel norteamericano de Filadelfia con quien había él bebido tanto champaña en la noche de la recepción del Elíseo.

—Pero, ¿no iba á marcharse casi en seguida?

—Sí; por eso estoy extrañadísimo de verle, no sólo en Francia, sino sobre todo aquí. No vino anoche, ni ha llegado esta mañana: vendría antes de comer, por eso no lo he visto. ¿Cómo es que no me han avisado los porteros?

Hice notar á mi amigo que, respecto de los porteros, no me había dicho aún cómo se las había compuesto para hacerlos poner en libertad.

Justamente, nos acercábamos á la portería; los esposos Bernier nos miraban venir. Una amable sonrisa iluminaba sus rostros; parecían no haber conservado ningún mal recuerdo de su detención preventiva. Mi joven amigo les preguntó á qué hora había

llegado Rance. Contestaron que ignoraban la presencia de Rance en el castillo. Debía de haber llegado durante la velada de la víspera, pero no habían ellos oído abrir la verja, dado que el Sr. Rance, que, según parece, gustaba mucho de andar y que no quería que fuesen á esperarlo en coche, acostumbraba dejar el tren en el pueblo de Saint-Michel; de allí, atravesando la selva, se encaminaba hacia el castillo. Llegaba al parque por la gruta de Santa Genoveva, bajaba hasta ella, pasaba por encima de una verjita, y estaba en el parque.

A medida que los porteros hablaban, iba Pepe frunciendo el ceño; parecía descontento, pero descontento de sí mismo. Sin duda le molestaba que, después de haber estado estudiando á los seres y las cosas del castillo con minucioso esmero, no supiera aún *que Rance acostumbraba venir á casa de su colega*.

Pidió explicaciones.

—Dicen ustedes que el Sr. Rance acostumbra venir al castillo...; ¿cuándo ha venido aquí por última vez?

—No podríamos decírselo á usted fijamente, contestó Bernier, el portero, puesto que nada podíamos saber mientras estuvimos presos; y, además, porque si ese señor, cuando viene al castillo, no pasa por la verja principal, tampoco pasa por ella cuando se marcha...

—¿Saben ustedes siquiera cuándo vino aquí *por primera vez*?

—Eso, sí señor; hace nueve años.

—De modo que hace nueve años que vino á Francia...; y, en aquella época, ¿cuántas veces, que ustedes sepan, vino aquí?

—Tres veces.

—¿Cuándo vino por última vez, antes de hoy, *siéndolo ustedes*?

—Unos ocho días antes del atentado del *Cuarto Amarillo*.

Pepe preguntó también, pero, esta vez, á la mujer:

—¿En la *ranura del piso*?

—En la ranura del piso, contestó ella.

—Gracias, contestó Pepe, y prepárense ustedes para esta noche.

Pronunció esta última frase con un dedo sobre los labios, para recomendar silencio y discreción.

Salimos del parque y nos dirigimos á la posada del *Castillejo*.

—¿Va usted algunas veces á comer á esa posada?

—Algunas.

—Pero ¿también come usted en el castillo?

—Sí; Larsán y yo nos hacemos servir tan pronto en una de nuestras habitaciones, tan pronto en otra.

—¿No les ha convidado á ustedes nunca el señor Stangerson á comer con él?

—Nunca.

—La presencia de ustedes en su casa, ¿no le molesta?

—Lo ignoro; pero, en todo caso, hace como si no le molestara.

—¿Nunca les pregunta á ustedes nada?

—¡Nunca! Ha quedado en el estado de ánimo del señor que se hallaba detrás del *Cuarto Amarillo* mientras asesinaban á su hija, que consiguió por fin forzar la puerta y que no encontró al asesino. Está persuadido de que, puesto que no pudo, *en el momento mismo*, descubrir nada, con mayor motivo no podremos nosotros descubrir nada tampoco... Pero se ha impuesto como un deber, *desde la hipótesis de Larsán*, el no contrariar nuestras ilusiones.

Pepe se hundió de nuevo en sus pensamientos, interrumpiéndolos por fin para decirme cómo había conseguido poner en libertad á los dos porteros.

—Hace unos días, fui á ver al Sr. Stangerson con una hoja de papel en la mano. Le pedí que en aquella hoja escribiera estas palabras: «Me comprometo, cualesquiera que sean las revelaciones que hagan mis porteros: Bernier y su mujer, á no despedir á estos dos fieles servidores,» y que firmara. Le expliqué que con esta frase podría yo hacer hablar á los porteros, y le afirmé que mi persuasión era que para nada figuraban en el crimen. Por cierto que ésta fué siempre la opinión del profesor. El juez de instrucción presentó la hoja á los porteros, quienes, entonces, hablaron. Dijeron lo que sabía yo que dirían, tan pronto como estuvieran seguros de conservar su colocación. Contaron que se dedicaban al merodeo en las posesiones del Sr. Stangerson; que estaban merodeando, la noche del crimen, y que éste fué el motivo de hallarse tan cerca del pabellón en el momento del drama. Los conejos que por ese medio lograban, se los vendían al dueño de la posada del *Castillejo*, quien se los servía á su clientela ó los enviaba á París. Lo cual era verdad: lo había yo adivinado desde el primer momento. Recuerde usted la frase que me abrió la puerta de la posada del *Castillejo*: *Ahora, habrá que comer carne que chorrea sangre*. Di-

cha frase la había yo oído aquella misma mañana, cuando llegamos á la verja del parque; también usted la oyó, pero no le dió importancia. Recordará usted que cuando estábamos á punto de llegar á la verja, nos detuvimos á mirar á un hombre que, ante el muro del parque, iba y venía, consultando a cada momento su reloj. Aquel hombre era Federico Larsán, que ya estaba trabajando. Ahora bien, detrás de nosotros, el dueño de la posada, desde el umbral de su casa decía á uno que estaba dentro: *Ahora, habrá que comer carne que chorrea sangre*.

—¿Por qué ese *ahora*? Quién, como yo, está en busca de una misteriosa verdad, nada deja escapar de lo que ve y de lo que oye. A todas las cosas es preciso encontrarles sentido. Llegábamos á un país pequeño trastornado por un crimen reciente: la lógica me obligaba á sospechar que toda frase pronunciada podía relacionarse con el acontecimiento del día. *Ahora*, para mí, significaba: «Desde el atentado.» Por eso, desde que comenzaron mis pesquisas, traté de encontrar una correlación entre esta frase y el drama. Fuimos á almorzar al *Castillejo*. Largué de sopetón la frase, y vi, por la sorpresa y el disgusto del tío Mateo, que, respecto de él, no había yo exagerado la importancia de dicha frase.

Acababa de saber que los porteros quedaban arrestados; el tío Mateo nos habló de ellos como quien habla de amigos verdaderos..., cuya ausencia se echa de menos... Enlace fatal de las ideas..., me digo: *Ahora* que están arrestados los porteros, *va á ser menester comer carne que chorrea sangre*. ¡No hay porteros, no hay caza! ¿Cómo he sido conducido á esta idea precisa de *caza*? El odio expresado por el tío Mateo hacia el guarda, odio, según él, compartido por los porteros, me condujo suavemente á la idea del merodeo... Ahora bien, como era evidente que no podían estar acostados los porteros en el momento del drama, ¿por qué estaban fuera aquella noche? ¿Para el drama? No estaba yo dispuesto á creer tal, pues ya entonces pensaba yo, por razones que más tarde le diré, que el asesino carecía de cómplice y que todo ese drama ocultaba un misterio entre Matilde y el asesino, misterio en el que para nada entraban los porteros. La historia del merodeo lo explicaba todo, *en cuanto á los porteros*. Admití esto en principio y busqué una prueba en su casa: no tardé en descubrir las trampas generalmente empleadas para la caza furtiva, y pensé: «¡Esto explica que estuvieran de noche en el parque!» No me extrañó que no dijeran la verdad ante el juez de instrucción; la caza furtiva los salvaba de una causa criminal, pero suponían que el Sr. Stangerson los despediría; y, como estaban seguros de su inocencia tocante al crimen, confiaban en que ésta llegaría á descubrirse y que su amo seguiría ignorando lo del merodeo. Además, que de ir muy mal las cosas, siempre les quedaba el recurso de decir la verdad... He apresurado yo su confesión por medio de la hoja que me firmó el profesor. Dieron los porteros todas las pruebas necesarias; fueron puestos en libertad, y, desde entonces, me están muy agradecidos. ¿Por qué no los hice yo soltar antes? Por no estar seguro de que su única culpa era la caza furtiva. Quería yo dejarlos venir y estudiar el terreno. A medida que pasaban días, mi convicción adquiría más certeza. Después de lo de la *galería inexplicable*, como necesitaba contar con gente adicta, resolví ganarme la voluntad de los porteros haciéndolos poner en libertad. ¡Y ahí tiene usted el resultado!

Así se expresó Pepe Ruedelabola, y no pude sino asombrarme de la sencillez del razonamiento que le había conducido á la verdad, respecto de la complicidad de los porteros. El asunto en sí no era extraordinario, pero pensé que no tardaría mucho Pepe en explicarnos, con la misma sencillez, la formidable noche del *Cuarto Amarillo* y la de la *galería inexplicable*.

Habíamos llegado á la posada del *Castillejo*. Entramos.

Esta vez, no vimos al posadero: su mujer fué la que nos recibió con amable sonrisa. Ya he descrito la sala en que nos hallábamos, y he dicho algunas palabras acerca de la simpática mujer rubia de dulce mirar, la cual se puso en seguida á nuestra disposición para el almuerzo.

—¿Qué tal sigue el tío Mateo?, preguntó Pepe.

—Lo mismo, señor, lo mismo: siempre en cama.

—¿No cede un poco su reuma?

—No por cierto. La noche pasada he tenido que darle una inyección de morfina; sólo esa droga calma un poco sus dolores.

Hablaba con voz dulce; todo, en ella, expresaba dulzura. Era realmente una mujer hermosa, algo indolente: sus hermosos ojos tenían grandes ojeras: ojos de amorosa.

(Se continuará.)

EL SERVICIO DE EXTINCIÓN DE INCENDIOS EN ALGUNAS GRANDES CAPITALS

Los antiguos habitantes de Berlín pueden recordar aún aquellos tiempos, anteriores á 1850, en que el peligro de un incendio infundía en el pueblo verdadero pavor y en que el sonido de los cuernos tocando á fuego producía en

des dificultades producidas por la nieve y el hielo. En cuanto la nieve cubre el piso, los carros han de colocarse sobre trineos arrastrados por caballos, y como el agua de las cañerías se hiela, ocioso es decir que no puede allí apelarse



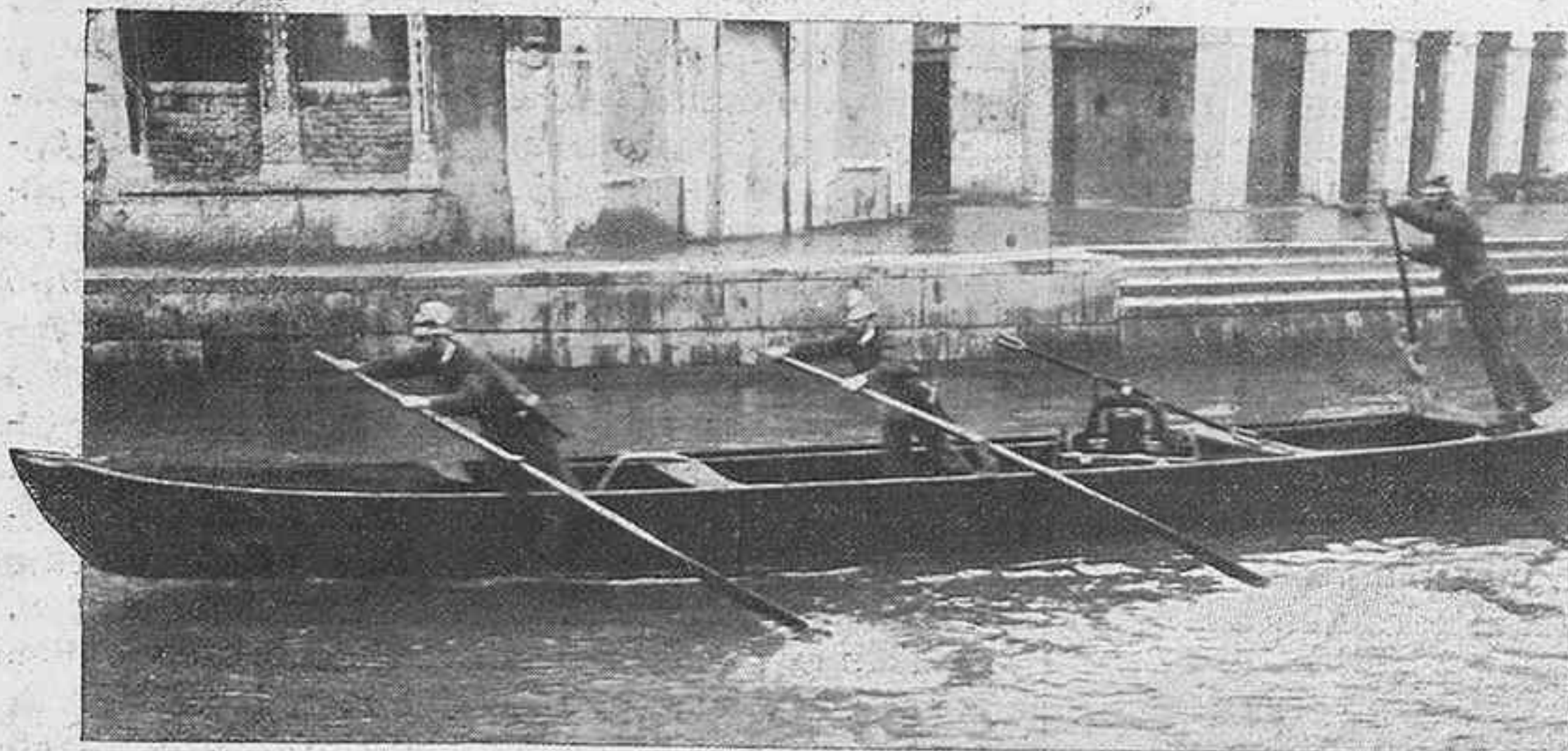
Bomberos turcos (tulumbadchi)

todos los ánimos una impresión profundamente lúgubre. Cincuenta y tres años después, incendióse una noche la techumbre de un gran hotel situado en uno de los sitios más concurridos de la capital; en seguida acudió el servicio de incendios, y tan admirable y silenciosamente funcionó éste, que hasta la mañana

al procedimiento, común en casi todas las ciudades, de las mangueras enchufadas en las bocas dispuestas en las calles. A costa de grandes esfuerzos, logran los bomberos instalar las bombas y las escaleras en el lugar del siniestro y para proveer las bombas es preciso derretir enormes masas de nieve por medio del fuego. Por otra parte, los bomberos han de ir vestidos de pieles y calzados con grandes botas para preservarse del frío, y no pueden, por consiguiente, moverse con toda la libertad que requieren las maniobras que han de realizar.

Inglaterra, patria de la máquina de vapor, tenía ya en 1842 un tren de incendios dotado de gran número de bombas movidas por aquél. Además del servicio oficial, existen allí varios cuerpos de salvamento sostenidos por las compañías de seguros. El servicio oficial comprende, en Londres, 65 estaciones permanentes y cuatro ambulantes; cuenta también con 17 estaciones secundarias instaladas en las calles. Cada una de estas últimas se compone de una escalera mecánica situada al aire libre y cuyos servidores se alojan en una caseta de madera contigua á la misma. Estas estaciones secundarias callejeras tienen gran importancia, dada la mucha elevación de las viejas casas de las calles estrechas de la City, pues permiten disponer rápidamente de un poderoso medio de salvamento dondequiera que estalle un incendio.

El servicio de incendios de París no se compone de equipos de bomberos profesionales, sino que forma un regimiento del ejército francés, el regi-



En los canales de Venecia

siguiente no se enteraron los huéspedes, con la sorpresa que es de suponer, de que había habido fuego en la casa.

Desde entonces sólo han transcurrido siete años, y sin embargo, ese servicio ha realizado en Berlín grandes progresos, según de ello pudo convencerse el autor de este artículo en una visita que hizo á un cuerpo de guardia de bomberos. A poco de nuestra llegada sonó la campana de alarma y diez y siete segundos después estaban dispuestos á salir los automóviles eléctricos con todo el personal y el material necesarios.

El cuerpo de bomberos de Berlín se compone de 26 oficiales y 1.100 hombres distribuidos en compañías, cada una de las cuales dispone de tres ó cuatro trenes de extinción de incendios. El número total de estos trenes es de 21 repartidos entre 17 cuartelillos. Para los efectos de este servicio la capital está dividida en dos grandes distritos, con sus correspondientes inspectores supremos.

En San Petersburgo, el servicio de extinción de incendios lucha con gran-



Bomberos berlineses



Aparatos de alta presión en Nueva York

miento de los «zapadores-bomberos.» La capital se halla dividida, para los efectos de este servicio, en 24 distritos, en cada uno de los cuales hay una guardia, un cuartelillo central ó un cuartel. El cuerpo de bomberos se constituye con soldados que han hecho un año de servicio militar y con voluntarios reclutados. En la actualidad, el material del regimiento lo componen 24 automóviles. La organización parisiense influye muy beneficiosamente en el resto de Francia, pues los soldados-bomberos, al ser licenciados y regresar á sus respectivas poblaciones, sirven de ejemplo y enseñanza á sus convecinos y constituyen por lo mismo las más firmes columnas del servicio de incendios en toda la nación.

Las condiciones locales de Venecia imponen allí una organización especial al servicio, que forzosamente tiene que prestarse con góndolas, y en donde los bomberos, además de las prácticas propias de su misión, han de ser diestros nadadores y buenos remeros.

En las grandes ciudades de Rumanía, el servicio de incendios está organizado militarmente, depende del ministro de la Guerra y lo prestan soldados, sacados de los regimientos de artillería. Las poblaciones pagan, por este concepto, una indemnización anual. El cuerpo de

bomberos de Bukarest consta de 250 hombres, al mando de un capitán de artillería y distribuidos en cinco estaciones, al frente de cada una de las cuales hay un teniente. Cada estación tiene edificio propio y está dotada de excelente material moderno.

En Turquía hay bombas y bomberos (*tulumbadchis*), pero ni unas ni otros sirven para gran cosa: las bombas apenas pueden contener doce litros de agua y el chorro que arrojan es tan delgado que apenas si puede servir para algo más que para el riego; y en cuanto a los *tulumbadchis*, son jóvenes y viejos, de baja estofa, medio desnudos y armados de picas, destales y picos, que conducen la bomba en hombros y se dirigen vociferando al lugar del incendio, en donde su actividad se gasta en inútiles tentativas para apagar el fuego. Muy pronto, empero, habrán desaparecido los *tulumbadchis*, pues el conde Szechermý-bajá, que hace años se preocupa de la reforma del servicio, ha implantado ya en algunas ciudades, entre ellas Constantinopla, una organización militar por la que el cuerpo de bomberos forma parte del ejército, habiendo sido asimismo substituido por el alemán el antiguo sistema de alarma, que consistía en hacer señales desde unas torres y en el disparo de siete cañonazos por las baterías.

El carácter fatalista del pueblo musulmán explica que hasta hace poco fuesen deficientísimos en Túnez los medios de extinción de incendios; pero desde que aquel país se halla bajo el protectorado francés se han establecido en las principales ciudades servicios organizados como en Francia.

En los Estados Unidos el servicio de extinción de incendios, como todos los servicios públicos de aquel país bajo tantos conceptos admirable, está montado perfectamente, y no sólo cuenta con el mejor material moderno, sino que se presta con rapidez asombrosa y por un cuerpo de bomberos peritísimo. Nueva York posee 173 bombas de vapor, varios vapores-bombas y además algunas «torres de agua», aparatos desconocidos entre nosotros y que consisten en un mástil enrejado, transportable de un lugar a otro, en cuyo interior hay un tubo plegable y en el extremo de éste otro tubo grande de acero que desde abajo puede ser fácilmente dirigido hacia el objeto incendiado. En el extremo inferior del tubo plegable pueden instalarse hasta tres bombas de

vapor para alimentarlo, de modo que los efectos de este aparato son enormes y muchas veces los deterioros causados por aquel diluvio son casi tan grandes como los que hubiese en muchas ciudades exclusivamente para el á las que se adaptan á grandes máquinas de vapor para alimentarlo, de modo que los efectos de este aparato son enormes y muchas veces los deterioros causados por aquel diluvio son casi tan grandes como los que hubiese en muchas ciudades exclusivamente para el

(De la revista alemana
Ueber Land und Meer.)



Estación en una calle de Londres para los primeros auxilios



Bomberos parisienses

Como habrán visto nuestros lectores, en el anterior artículo nada se dice de la organización del servicio de incendios en España; supliendo esta omisión, séanos permitido dedicar algunas líneas a lo que en esta materia ocurre en Barcelona.

Nuestra capital, en la que tan descuidados están la inmensa mayoría de los servicios públicos, en lo que toca al que nos ocupa hállase á la altura de las más adelantadas del mundo. El servicio de incendios barcelonés posee material de extinción y de salvamento de los más perfeccionados; está organizado con gran acierto, con numerosos cuartelillos y retenes en donde siempre están dispuestos á funcionar inmediatamente los primeros servicios; y sobre todo cuenta con un cuerpo de bomberos voluntarios que por su arrojo y por su pericia puede competir con los mejores en su clase. Cuanto se diga en alabanza de nuestros bomberos, casi todos ellos modestos artesanos que ejercen profesión tan peligrosa por verdadera afición, pues sus emolumentos son circunstanciales é insignificantes, es poco para lo que ellos se merecen. Y respecto de los jefes, su mejor elogio está en decir que con elementos heterogéneos, no sujetos por obligación ineludible ni por seductoras ganancias, han sabido formar un cuerpo que es la admiración de propios y extraños.

Gracias á esta organización, á las excelencias del material y al entusiasmo y destreza con que el personal trabaja, no se registran en Barcelona esos incendios que revisten proporciones de catástrofe, y en la mayoría de los casos, el fuego queda extinguido al poco tiempo de haberse iniciado.

Gracias á esta organización, á las excelencias del material y al entusiasmo y destreza con que el personal trabaja, no se registran en Barcelona esos incendios que revisten proporciones de catástrofe, y en la mayoría de los casos, el fuego queda extinguido al poco tiempo de haberse iniciado.

NUEVA REIMPRESIÓN

PENSAMIENTOS — — Y RECUERDOS

DE OTÓN, PRÍNCIPE DE BISMARCK

Notabilísima obra que constituye una herencia preciosa para la Historia, y es fuente de sin igual riqueza para los estadistas é historiadores de todas las naciones. Forma dos tomos de más de 400 páginas cada uno, ilustrados profusamente, y encuadernados en tela con corte dorado, y se vende al precio de 15 ptas. en la casa editorial de Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona.

ANEMIA DEBILIDAD Curadas por el **Verdadero HIERRO QUEVENNE**
El más activo y económico, el único Inalterable. — Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, París.

ANEMIA + CLOROSIS
APROBACION de la ACADEMIA
de MEDICINA de PARIS
Las Auténticas
PÍLDORAS DE BLANCARD
de Paris (2 á 6 al día)
no se venden sueltas
EXÍJANSE LA FIRMA Y EL
RÓTULO VERDE
JARABE DE BLANCARD
Inalterable (2 á 3 cucharadas al día)
DESCONFIESE
de los SIMILARES INEFICACES
LEUCORREA + DEBILIDADES

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA

DESDE LOS TIEMPOS PRIMITIVOS
HASTA LA MUERTE DE FERNANDO VII

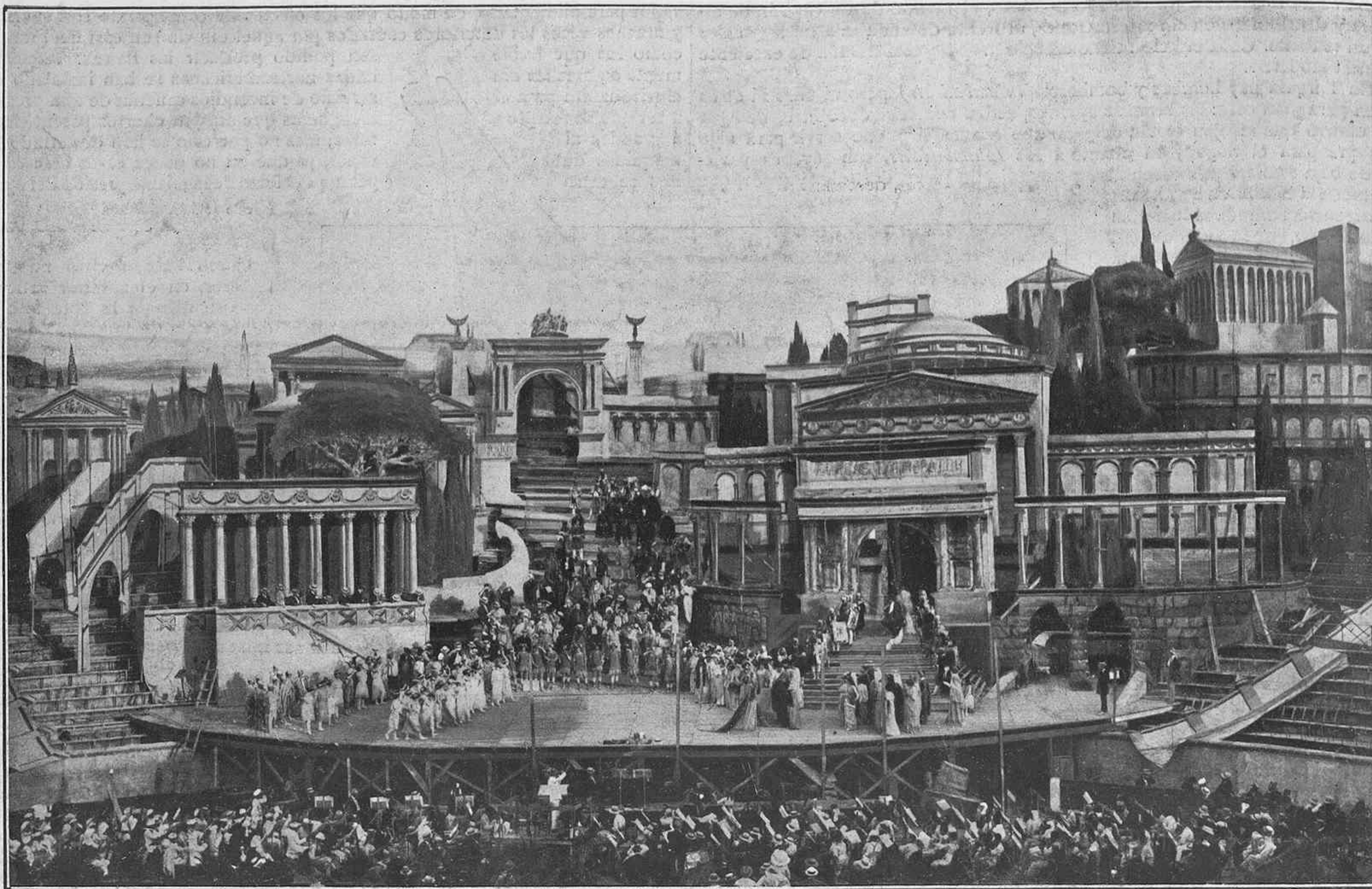
por
D. MODESTO LAFUENTE

CONTINUADA HASTA LA MUERTE DE ALFONSO XII
por

**D. JUAN VALERA, ANDRÉS BORRERO,
ANTONIO PIRALA y JOSÉ COROLEU**

Esta obra consta de 25 tomos de 350 á 400 páginas de extensión; contiene 88 magníficas cromolitografías que reproducen objetos artísticos, códices, autógrafos, armas, buques, etc., etc.; preciosos mapas; numerosos grabados intercalados, copias de monumentos, retratos de monarcas españoles y una selecta colección de monedas de todas épocas. — Se vende á cinco pesetas cada tomo en toda España.

MONTANER Y SIMÓN. — EDITORES



Beziers.—Representación en las Arenas de la tragedia lírica «Heliogábalo» poema de Sicard, música de Severac
(De fotografía de Carlos Trampus.)

La ciudad de Beziers ha celebrado, del 21 al 28 de agosto último, sus grandes fiestas anuales bajo el patronato del ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes y de la municipalidad, y bajo la dirección del doctor Charry.

Estas fiestas han consistido en representaciones en el teatro de las Arenas, el *clou* de las cuales ha sido el estreno de la tragedia lírica en tres actos, *Heliogábalo*, poema de Emilio Sicard y música de D-odat de Severac. La ejecución de esta obra ha corrido a cargo de la señora Le Senne y de los Sres. Max y Franz, de la Opera de París; de la Srta. Koch y del Sr. Alexandre, de la Comedia Francesa; de la Srta. Brille y del Sr. Perrin, del Odeón, y de otros actores no menos notables. Además han tomado parte en ella 60 bailarinas, masas corales de Beziers,

de la *Schola Cantorum* de Montpellier y del teatro de la Gaité, y una orquesta de 400 músicos.

La decoración, que figuraba un panorama de la Roma antigua, era obra de Eugenio Kousin. El éxito de *Heliogábalo* ha sido inmenso; las bellezas del poema y de la música entusiasmaron a los millares de espectadores y en cuanto a la presentación escénica, el efecto que produjo no pudo ser mayor.

Además hubo durante las fiestas función de gala en el Teatro Municipal, gran festival feli-bre, Corte de Amor y Juegos Florales organizados por la «Cigala lengadouciana» fiestas populares y juegos locales en la ciudadela y una representación, también en las Arenas, de la ópera de Bizet, *Carmen*, interpretada por reputados cantantes.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

EL ARTE DE AGRADAR.—MANUAL DE LA VERDADERA EDUCACIÓN, por la condesa Araceli de la Sierra. — Este libro, que acaba de publicar la casa editorial Bailly Bailliere, tiene la finura, delicadeza y cortesía como bases fundamentales, dando á conocer la autora lo que son las visitas, la franqueza y la confianza, la audacia y la timidez; cómo han de ser los regalos y las presentaciones, las contestaciones á las cartas, las amistades, etc., y cuanto es necesario poner en práctica

para hacerse agradable y gozar del cariño y respeto de cuantos nos rodean. Forma un volumen de 164 páginas y se vende en todas las librerías al precio de 1'50 pesetas en rústica y 2 pesetas encuadernado en tela.

IDA Y VUELTA DE D. QUIJOTE, por José Singala. — Una idea tan original como ingeniosa y un estilo ameno y castizo son las características de este libro en el que el distinguido escritor mallorquín nos presenta redivivos y bajo diferentes é interesantes aspectos al ingenioso hidalgo y á su buen escudero. Un tomo de 246 páginas, impreso en Palma de Mallorca en la tipografía de Bartolomé Rotjer.

LOS NEGOCIADORES DIPLOMÁTICOS PERUANOS Y COLOMBIANOS DESDE 1821 HASTA 1830, por C. Paz Soldán. — Refutación de un estudio publicado en la «Revista Histórica», órgano del Instituto Histórico del Perú, por D. J. A. de Izcue. Un folleto de 24 páginas, impreso en Lima en la Imprenta Liberal.

FRAGMENTOS DE UNA VIDA, por Guillermo Stock. — Colección de poesías de diversos géneros y escritas en varios metros; en todas ellas se siente el alma apasionada de un verdadero poeta y se admira la armonía y la elegancia del verso. Un tomo de 254 páginas, primero de la «Biblioteca Azul», editada en Buenos Aires por E. Lantés.

Las casas extranjeras y españolas que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA y EL SALÓN DE LA MODA diríjanse para informes á los editores Sres. Montaner y Simón, calle de Aragón, núm. 255. — Barcelona



Dentición

JARABE DELABARRE

JARABE SIN NARCÓTICO

FACILITA la SALIDA de los DIENTES

y previene todos los accidentes de la primera Dentición.

Establecimientos FUMOUE, 78, Faub⁹ Saint-Denis, PARIS, y en las Principales Farmacias del Globo.

PATE ÉPILATOIRE DUSSE

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILLOVE, DUSSE**, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN